

# ANALES DEL ATENEO

DEL URUGUAY

AÑO IV—TOMO VIII

MONTEVIDEO, MAYO 5 DE 1885

NÚMERO 45

## Ricardo Wagner y los Wagneristas

POR FRANCISCO FLORIMO

(TRADUCCION DEL ITALIANO PARA LOS «ANALES DEL ATENEO DEL URUGUAY»)

(Continuacion)

Pero, sobre todo, los que han causado más daño á Wagner fueron aquellos imitadores, aquellos sus apóstoles retardatarios, que no teniendo ni su ingenio, ni su cultura, han pretendido juzgarlo é imitarlo.

En el arte hay una cosa que escapa á todo cálculo; es la inspiracion: sin ésta, falta lo bello y lo grandioso.

Lo imponente y lo ámplio, á lo que va hoy unida la parte armónica, levanta el entusiasmo cuando se ve impreso en ellos el sello del genio; pero se convierten en vicio y quedan sin efecto cuando se emplean sin un discernimiento justo. Mientras que ellos despierten en nosotros agradables sentimientos, seguiremos gozándolos y respetando las obras de los altos ingenios trabajadas de aquel modo; pero aconsejamos al mismo tiempo á los nuevos compositores que se las propongan por modelo, examinen bien, antes de dedicarse á la obra, si se sienten capaces de hacer algo suyo, propio; si sienten dentro de sí la fuerza creatriz á más de la imitadora; pues si no tienen ésta, no podrán producir otra música que aquella de que habla Commetant: « sin tonalidad, sin ritmo, sin melodía, con armonías gergolíficas, disonancias atrevidas é impudentes, propias para la perfecta dicha de los *Gogos* (1) de la sonoridad y para « humillacion de los oídos ».

(1) Habiéndoselo pedido á Commetant la explicacion de esta palabra, contestó: *héta aquí: variedad de la familia de los imbecítes.*

Por principio inamovible, los Wagneristas no usarán ya una sola frase melódica; y con sonrisa burlona llaman á la melodía, aún á la más bella creada hasta ahora, pensamiento infantil, musiqueta trivial propia para la guitarra, y otras cosas semejantes. Ellos no comprenden cuánto y cuál es el poder de la melodía; cubriéndose con la clámide del progreso, creen haber compuesto una ópera imperecedera cuando consiguen unir una série de acordes, la mayor parte disonantes, que, destinados á ensordecer al público, empiezan por aturdirlos á ellos mismos. Para ser compositor se necesita en nuestros días genio y arte: el uno no debe estar separado del otro. El arte sirve para desarrollar el pensamiento, dar el ritmo á la melodía y hacer á ambos aptos para expresar el sentido de la palabra; á florear, por decirlo así, con la forma de una orquestación bien dispuesta, la idea que debe reinar soberana por doquiera. No obstante, todo ésto por muy elegido y clásico que sea, no conseguirá formar una sola frase de canto inspirado. El genio se manifiesta por medio del arte; pero el arte por sí mismo no llegará nunca á crear el genio.

Aquí viene bien citar algunos fragmentos de un artículo del marqués de Themines, publicado en el diario *Arte Musical*, de 11 de Mayo de 1876: — « Nosotros admitimos, por cierto, los progresos en el arte instrumental, ¿por qué no admiten ellos á su vez que ese arte no basta para el éxito; más bien debíamos decir para la duración? El éxito en verdad no es tan difícil hoy; pero, ¿cuántas obras hemos visto desaparecer coronadas por el éxito? Antes bastaba para cautivar al público una melodía atrayente; hoy basta con una bella disposición de orquesta. La obra es aplaudida, proporciona una série más ó ménos larga de representaciones, despues desaparece y no tarda en verso enterrada en el olvido. No es difícil producir una obra de la que se diga: contiene cosas bellas; en nuestros días las obras que contienen bellas cosas abundan; pero es contad por los dedos cuántas hay, de esas obras llenas de bellas cosas, que permanezcan ó que permanecerán »

Los Wagneristas construyéndose un templo de realismo ideal, sólo creen en el magisterio orquestral, en los grandes relieves armónicos y en los efectos ensordecedores de extraordinaria sonoridad. Su música es para los instrumentos, no para la voz, considerada por ellos como un accesorio, un sobrante, que, segun su dicho, desdeñan los grandes ingenios, y de la que se sirven alguna vez como de otro instrumento. Así, pues, para ser lógicos, cuando más deberían escribir siempre música sinfónica.

El señor Stordina, en el *Arte Musical* del 15 de Agosto de 1875, en el artículo *El Templo de Bayreuth*, se pronuncia con toda vehemencia contra Wagner y su sistema; pero, más que al maestro, esas palabras deberían ser dirigidas á sus ciegos imitadores.

« No tenemos, dice, por qué considerar á Ricardo Wagner; hablemos como francés, ó como crítico cosmopolita, sólo halláremos para él palabras de indignación. Este hombre, dotado por la naturaleza maravillosamente; este hombre, que hubiera podido ser un gran músico ó ilustrar su siglo, no ha hecho otra cosa que amontonar ruinas á su alrededor. Su espíritu absorbente, envidioso, se pronunció contra todo lo que era bello y respetable; sobre los restos de la espléndida escuela, fundada por los maestros de la música y también por los grandes poetas, ha pretendido elevarse un trono, y si se le dejase, nada quedaría en pie de todo lo que ha ilustrado el siglo diez y nueve y fines del diez y ocho; todo sería dominado, borrado por su invasora personalidad, por ese rostro fatal donde el odio gesticula de la manera más deforme. Falso admirador de lo antiguo, que acomoda á su manera, contentador encarnizado de lo moderno; admirándose sin cesar y sin medida, Wagner no dejará, lo esperamos, sino el recuerdo de una monstruosidad artística. . . . Venga lo que venga, no hemos querido dejar pasar la ocasión de manifestar nuestra opinión sobre Ricardo Wagner y su templo. Ricardo Wagner, el enemigo común, el verdugo del arte moderno, se lanza á una empresa temeraria, que prueba un orgullo llevado hasta la locura. Jamás la decepción que le espera podrá igualar la caída que le deseamos, caída completa que él merece. Cuanto más grande sea esa caída, más deberá regojarse el mundo artístico. »

Prestablecido un concepto, los Wagneristas, con la idea predominante de su idealismo, que más se destaca de lo real, quisieran desarrollar con sonidos todo un poema; pero la sola repercusión de la onda sonora, por muy variada y potente que sea, no consigue agitar las íntimas profundidades del corazón. « Desdeñando la falsa idealidad, dice Augusto Conti en sus *Discursos sobre la época*, desdeñan también la verdadera, aquella que refleja de la naturaleza y de Dios. Fastidiados de ideas sin experiencia de hechos, corren tras de hechos sin ideas, llorosos por un ideal sin realidad; no miran más que la idea en las cosas, y, cansados de ociosas especulaciones, se resuelven á obrar á ciegas, perdiendo así todo sentimiento de belleza. »

Las óperas compuestas sobre bases tan absurdas y sistemas tan erróneos, se reducen á una enojosa salmodia, rica y estrepitosamente orquestada, ó á un eterno, monótono y fastidioso recitativo, acompañado de combinaciones armónicas rebuscadas, enredadas y pesadas, en las cuales es imposible encontrar una frase melódica, un pensamiento musical homogéneo y entero, algo de rítmico, aquello, en suma, que los italianos llaman un *motivo*.

He oído decir á un jóven de claro ingenio, que pretende componer *música del porvenir*: « Os juro que si me hubiese venido « á mí la tan decantada inspiración de la *Casta Diva*, ó no la « habría aceptado, ó la hubiese desfigurado, armonizándola é instrumentándola á la moderna, de modo que ya no apareciese una « melodía. »

Oía los propósitos del pretencioso neófito un hombre de mucho espíritu, valiente, afecto á la música y erudito en las letras, el cual se apresuró á decirle: « Ignorais, mi querido jóven, lo que dejó escrito el ciudadano de Ginebra, esto es: *de la melodía sólo nace « el invencible poder de los acentos apasionados y posee toda « la influencia de la música sobre el alma; formad y trabajad « la más elegida serie de acordes, sin mezclar la melodía, « y os fastidiareis inmediatamente*. Así pues, si no sabeis, « no quereis, ó no podeis uniformaros á la opinión del gran « Rousseau, os repetiré lo que él hablando del genio sentenció: « *es « cribid música francesa*. »

Sin embargo, seríamos injustos para con el gran filósofo y para con la misma Francia, si no hiciésemos recordar que Rousseau hablaba antes que se manifestasen al mundo artístico los célebres Boieldieu, Hérold, Auber, Halevy, Gounod, Thomas y otros célebres compositores franceses.

Wagner ha dado á sus secuaces mal ejemplo, haciendo lugar en sus óperas especialmente á procedimientos armónicos ó instrumentales estudiosamente rebuscados, lo cual ha dado lugar á decir á la sarcástica lengua del eminente, pero parcial crítico Fetis, aunque sin razon, que, « lo que resulta con evidencia del exámen de las « teorías de Wagner y de sus particiones, es que él ha tenido conciencia de su fuerza intelectual y de su debilidad sentimental ó « imaginativa. Toda su habilidad, todas sus paradojas, no tienen « otro objeto que disimular esos defectos. »

Wagner, preocupado de las combinaciones armónicas y de los efectos orquestales, llegó casi á la destrucción de la melodía, á la

cual la armonía y la instrumentación, medios secundarios, prestan sus servicios, haciéndola aparecer ya de un color, ya de otro, y revistiéndola de ésta ó de aquella forma. Wagner no se fijó que al desterrar ó rechazar á los más estrechos límites la melodía, se convertía en un pintor que, suprimiendo la figura, queda con la paleta ociosa en la mano para dar fintes á la nada. Pero si él reputa que en el cuadro de su melodrama ha conservado intacta la figura por medio del recitativo, al cual reduce casi enteramente la melodía, su engaño no sería menor, según mi parecer.

Wagner quizás ha llegado al punto opuesto que se proponía. Él, que ambicionaba ser un compositor gallardo y vigoroso, habrá caído en el fiasco, al sacar su fibra al elemento vocal, puesto que la palabra melódica se convertía en una recitación impotente y desfallecida; él que aspiraba á la vivacidad y á la variedad, habrá caído en languidez, por la monotonía que la uniformidad del recitativo genera.

La música no debe expresar servilmente el significado de ninguna palabra, tomada aisladamente; basta, según mi parecer, que dé el significado general de la idea contenida en el poema, porque la palabra posee tanta virtud en sí misma, que no resulta ventaja alguna de ponerla en música para determinarla.

Wagner, en suma, no quiere reconocer la naturaleza del arte musical, que es lírica, nada más que lírica, y esencialmente lírica; así es que él llega á hacer una obra casi vacía, cuando pretende crear un arte épico y descriptivo, no obstante que la más sana estética ha enseñado y demostrado que la música fundada en sonidos vagos é indefinidos no tiene medios de describir, no ya el mundo externo que nos circunda, pero ni aún los afectos interiores. Ella posee un gran poder para despertar intensamente en nosotros las pasiones del alma, pero ninguno para representarlas con forma definida, cual lo hace el arte poético, la pintura y la estatuaria.

La música de los secuaces del nuevo Mesías es una laboriosa álgebra instrumental, una continua batahola, que asombra al oído y nada más. La impresión de los acordes, á cualquiera categoría que pertenezcan, es cosa puramente mecánica y material; en el arte debe haber arranques, colores espontáneos, vuelos rapidísimos de águila, pero no compases de matemático.

Wagner, el apóstol de la reforma, el factor de la nueva música, quisiera traducir todo en un realismo trascendental; es innegable que él en sus creaciones no pocas veces excelentes, y sublimes al-

gunas, se revela potente en conceptos y estudios profundos; pero su extraordinaria instrumentación, al manifestar las grandes tempestades de la pasión, no está siempre bien determinada, y su concepto adolece de difícil interpretación. Aborrece la cantilena, y para contentar y saciar su auditorio, interpone estupendas combinaciones armónicas, bellísimos conceptos melódicos, que desflora, dejando vivo deseo de su desarrollo, prefiriendo la melodía *infinita*, ó mejor dicho, indefinida.

No obstante, lo que él tiene de más popular, aún en Alemania, es la romanza llamada *de las estrellas*, en el *Tannhäuser*, que Filippi clasifica de *italianísima*. Toda emisión de voz, toda nota del acompañamiento, hasta las pausas, son melodías para Ricardo Wagner.

A propósito de las pausas, me viene á la memoria un juicio de Rossini, emitido un día que habiendo ido á visitarlo á Bolonia en 1847, discurríamos naturalmente sobre música. Versando nuestro discurso sobre los efectos orquestales, dijo: « No conozco, « mi querido Florimo, más efectos imponentes en música que dos: « las *grandes masas* y el silencio. » Gounod siguiendo el pensamiento del gran Pesarés, dice: « el silencio es música, » y como es muy frecuente encontrar puntos de contacto entre dos genios, así Wagner dá sublimes pruebas de silencio y de pausas en sus partituras.

## II

Hé aquí ahora algunos párrafos de varios críticos sobre este ingenio extraordinario. Los transcribimos, se entiende, sin participar en gran parte de sus ideas.

Bertrand se expresa así: « La crítica Wagneriana tiene ilogismos, « no silogismos, y definiciones dignas del gran Trimegista. Es una « plétora linfática; como la música se le resistía, la ha asesinado. « Sus óperas hacen el efecto de una página sin puntos ni comas. « *Melopea continua, melodía infinita y modulaciones que van « donde quieren*. El Wagnerismo es el caos voluntario. »

Berlioz, aunque juez, en esta materia, nada imparcial, ha dicho de Wagner *que lo aplauden cuando cesa el dolor*.

Un valeroso crítico tedesco, que aún vive, ha dicho del Wagnerismo: — « La resignación es la más útil de las virtudes para el auditorio de Wagner. Tenemos fastidio lentamente destilado, á gran-

« des dósis; un fastidio del que es preciso atravesar todos los grados. *Lasciate ogni speranza oh voi ch'entrate*. Se espera, se « suspira en vano por alguna melodía; se recibiría con reconocimiento la menor partícula de un canto simple, fácil, elemental; se « sueña con Haydn y con Mozart, como se suele soñar con agua « en el desierto. »

El ilustre profesor Antonio Tari, que sin embargo acepta y desarrolla á su modo la idea Wagnerista sobre el drama futuro, transcribiendo, en su artículo titulado: *Del Wagnerismo en la música moderna*, aquel pasaje del crítico tedesco, comenta: « ¿ qué diría « Juan Jacobo Rousseau al ver que se ha devuelto la pelota á sus « censuras? ¿ qué diría de la guerra que se hace no sólo á la melodía, sino también al motivo, esto es, al pensamiento musical, sustituyéndoles recitativos, siempre recitativos, y declamaciones con « daño y dura prueba del auditorio? No obstante, los Wagneristas « predicán esta música *sin música* como *música del porvenir*. »

Y B. Sabattier, dice: « Parecido á esos reformadores para quienes la civilización va constantemente por caminos equivocados, « Wagner pretende inventar la verdadera música, la música del porvenir. Se le ha apellidado irónicamente el inventor de la ópera « sin melodía. Le tiene horror; quiere traducir por medio de sonidos cada palabra, cada frase, esforzándose en dar á su pensamiento libertad de maneras y de expresión; se sirve para ello con « muy buena voluntad de los procedimientos de la vieja escuela, lo « que denota imaginación poco fecunda. Un músico de vasta erudición, M. Dehn, de Berlín, decía que la música de Wagner no era « otra cosa que Gluck instrumentado. Cuanto más se oye á Wagner « más parece justa esta apreciación. ¿ Una ópera puede componerse « exclusivamente de melodías, ó puede prescindir de ellas? Concebida en uno ú otro de estos dos sistemas, sería inevitablemente « monótono el lirismo melódico de los italianos, así como el lirismo armónico de los alemanes; no son posibles de un modo absoluto; así no se hallan en ninguna parte, ni en Rossini ni en Wagner. »

« La melodía, como lo dice él mismo, es demasiado simple, demasiado absoluta para traducir el ideal de Wagner. ¿ Cuál, es pues, « este ideal? ¿ Cuáles son esas aspiraciones nuevas, profundas, desconocidas, misteriosas, para las cuales cree haber inventado las « formas? Sentimos decirlo á un artista de tanto talento, de iniciativa y de buena voluntad; pero no se descubre en sus composicio-

« nes sino violencias febriles, efectos sinfónicos, fantasías descriptivas, y sobre todo, misticismo y religiosidad contemplativa.

« A eso debía conducirlo su sistema; —la forma arrastra el fondo.

« A fin de excluir la melodía, retrocede á Gluck y Lulli, hasta la música religiosa. Creyendo inventar, no hace más que obedecer á una tendencia retrospectiva, ruta falsa que ya siguen imitadores sin invención. La melodía es de primera necesidad en una ópera; precisamente porque es absoluta, es indispensable en una obra larga; reasume muchas veces una situación, y sin ella una ópera se oye fatigosamente.

« Sería empuqueñecer los recursos del arte musical, privarla de sus más hermosos medios de emocionar. Llegan momentos en los que el oído la reclama; después de una larga espera, ella misma se convierte en un contraste.

« Finalmente, sucede con la melodía como con ciertas instituciones sociales; no deben desaparecer jamás, porque son inherentes á la naturaleza humana. »

En el diario *Le Menestrel*, hablándose del *Lohengrín*, representado en Londres en el teatro Drury-Lane, se dice: « El *Lohengrín*, sin los numerosos cortes hechos por Sir Michel Costa en ventaja de esa obra, entre otros la mitad del final del primer acto, la gran marcha y la fanfarra del último, consistiendo casi exclusivamente en recitativos declamados, más ó menos laboriosamente acompañados por la orquesta, haría perder la paciencia á cualquier auditorio, acostumbrado y adherido por gusto á una música dramática en la cual, como en Mozart, Cherubini, Beethoven, Weber, Rossini, Auber, etc., etc., etc., la melodía rítmica juega un rol necesario y propio. El desprecio confesado por Wagner hácia la melodía será siempre la prenda de discordia (cito textualmente) entre él y sus músicos, que, desde Handel hasta nuestros días, tienen una opinión diferente y consideran la música, cualquiera que sea su uso, como un arte más ó menos independiente. »

### III

Se puede discutir la solidez de las teorías de Wagner, se puede ser más ó menos favorable á sus reformas melodramáticas, pero sería absurdo, repetimos, negarle tendencias altamente artísticas y geniales. Algunas bellezas de sus obras no pueden ser discutidas; todos, de cualquiera nación ó escuela que sean, deben aplaudir. En

efecto, si Wagner tan sólo hubiese compuesto la *Cena de los Apóstoles*, bastaría este imponente, severo, característico trozo de música para colocarlo entre las eminencias del arte. Pero mientras que en esa obra la estupenda disposición de las voces y los efectos por ella producidos os transportan al Palestrina, Searlatti, Durante, Leo y Marcello, la oscuridad armónica y la demasiado fina unión de las voces os recuerda al reformador, que por principio ha despojado su música con tales exuberancias.

La música no consiste sólo en la declamación, en los trémulos, en las trompetas, ó en las escalas cromáticas ascendentes y descendentes por el vasto océano de la tonalidad. Ella está especialmente en la melodía, en la forma, en las relaciones de los sonidos entre sí, en el respeto por las leyes del contrapunto, que aunque alguna vez pueden ser modificadas, no deben alterarse sustancial y caprichosamente con extrañezas y discordancias que repugnan al buen sentido. Esas leyes tienen su razón de ser, porque su origen es una necesidad de la naturaleza.

Un crítico tedesco ha dicho « que el éxito de las obras-jefes wagnerianas prueban que estamos en presencia de cierta individualidad, de una inteligencia extraordinaria, dotada de una energía sin la cual ese éxito de sus obras parecería imposible. » Wagner es, sin duda alguna, una individualidad notable en la historia de la música; pero pretender convertirlo en la más alta personificación del arte pasado, presente y futuro, « es una adulación, escribe N. P. Wambros, que es necesario dejar á aquellos dotados por el cielo del cráneo bastante duro para venir como arietes á batir en brecha los sagrados templos de los antiguos maestros. »

Henry Choen entiende el sistema musical del maestro de Bayreuth del siguiente modo, y con mucha gracia establece una especie de balance de la escuela Wagneriana:

« *Activo* — Instrumentación siempre cuidada y algunas veces bellas los efectos de orquesta.

« *Pasivo* — Negación de la melodía, abolición del ritmo, rebelión constante contra las leyes de la armonía, ausencia de encanto, aplastamiento, ó al menos esclavitud de la voz humana, que será siempre el primero y el más bello de los instrumentos, á despecho de los esfuerzos de los modernos y de las teorías anatómicas « de los actuales profesores de canto. »

## IV

Los secuaces de Wagner no pudiendo seguir al gran maestro en sus vuelos pindáricos, en los nuevos descubrimientos, en los rasgos de genio, en el portentoso misticismo, en el realismo ideal, ni aún en su extraño originalismo, tratan de imitarlo servilmente en la parte plástica, en lo trivial, en las rupturas, en las largas melopeas, en el continuo idealizar, en lo incomprensible, en su inconexo, casi diría, si así pudiese llamarse rigurosamente. Impotentes para crear, se industriarían para hacer á su semejanza el *personaje instrumento*, el *personaje orquesta* y la armonía más extraña y desaliñada, considerando una trompa, un clarinete ó una flauta, como medio más dramáticos que la voz humana; quieren, en fin, la llamada música descriptiva, incomprensible sin una explicación programática, propia más bien para las obras sinfónicas y escenográficas, que hablan mucho más á los sentidos y á la imaginativa que al corazón.

Hasta ahora sólo para el baile eran necesarias escenas de efecto extraordinario, trajes espléndidos, maquinaria, fuegos pirotécnicos, luz eléctrica y todo aquello que concurre á la *mise en scène*; pero para el drama nada de eso se usaba. Bastaban para un éxito completo, música bella y buenas voces. La *Norma*, el *Barbero*, la *Lucia*, la *Traviata* no deben ciertamente su celebridad al aparato escénico, y todavía hoy, con todo el progreso escenógrafo, estos verdaderos alumbramientos del genio se representan con cualesquiera telones simples, que basten á producir ciertas ilusiones al alzarse el telón; pues empezada la música, el espectador, absorto en sus bellezas, ya no se preocupa de la escena. ¿Qué es lo que hace Wagner, por el contrario, en su teatro de Bayreuth para la representación del *Rheingold*? Gasta enormes sumas, trae á concurso todos los recursos de diversas artes, transforma su teatro en galería mecánica cosmográfica, representa ríos, cascadas, mares, nieve, tempestades, auroras y ocasos; en fin, para hacer agradable su extraordinario trabajo musical, imita de la naturaleza todo lo que puede.

Pero las descripciones de los episodios, de los ríos, de las tempestades, de los volcanes, de los bosques, de las formas vacías y abstractas, en el fondo nada dicen, y se conseguirá mucho si en ese género pueden significar algo, porque lo mismo que una borrasca pueden imitar una batalla, un terremoto, una revuelta, y qué

sé yo cuantos otros ruidos. Esos efectos son imposibles de producir musicalmente con su peculiar expresión, si no se consigue con medios mecánicos encontrarlos en un mundo fantástico ó imaginario. Tal manera artificial restringida en sus límites, es algunas veces posible y justificable; pero resulta vituperable, cuando sin freno alguno se la abandona á sí misma para correr el destino inevitable de una música de la que la melodía se halla desterrada. Aquí tienen origen los abortos de diversas óperas del día, presentadas al público por muchos jóvenes compositores *futuristas*, y es penoso el decirlo, algunas entre ellas están dotadas de espontáneas y fáciles melodías, pero estudiando el modo de hacerlas desaparecer ó esconderlas, ofuscándolas con una multitud de extrañas, y algunas veces duras ó intrincadas armonías, sufren la suerte que merecen. Por no ceder á la verdad, van en busca de lo abstruso, de lo discordante y de lo estivo, para seguir un convencionalismo que, á pesar de los tintes más animados, queda frío y casi inconcebible para el público, el cual quiere emociones, sin curarse de si ellas son resultado de valor técnico ó de inspirada melodía. No obstante, nada es más cierto que nunca se producirá efecto alguno con acordes estridentes y rumorosos, embrollados los unos con los otros, que ahogan la inspiración en el abuso del cálculo y de una efímera ilusión, si no se unen la armonía y la melodía designando á cada una su justo límite.

Cuando la música idealista, descriptiva, natural, como la entienden el Lutero de la reforma y sus correligionarios, sobrepasa su fuerza, se hace ridícula, y un arte ridículo es negativo. Lo mismo verdaderamente bello tiene sus confines, que no se pasan sino cuando la palabra decae.

Wagner, á fuerza de buscar, ha sobrepasado los límites ó impelo su genio hácia un fin ignorado quizás para él mismo. Dice que para ser músico es necesario ante todo ser poeta; esto es cierto, pero también debería recordar que, como dice el doctor Scamam, « en una sola nota de música se concentra más grande intensidad de afectos que en muchas páginas de escritura, y que como dice también Darwin, las sensaciones y las ideas de la música evocadas en nosotros, parecen, por su vaga extensión y profundidad, como reversiones mentales hácia emociones y pensamientos de una época eminentemente remota. »

Nunca ha tenido la Italia tantos compositores como hoy, ni han aparecido en la escena tantas obras nuevas, las cuales, después de

haber sido aplaudidas entusiastamente, caen á la tercera ó cuarta noche. Pero aún sosteniéndose durante una estacion en una ciudad dada, si se intenta reproducirlas en otro teatro, y sobre el mismo, pero en otro año, son condenadas al ostracismo, irremisiblemente, por la desaprobacion pública. Dígaseme ahora, ¿por qué despues de medio siglo llaman siempre un gran público las óperas que, segun los secuaces del progreso, han hecho su tiempo? ¿Están, quizás, fuera de moda el *Barbero*, *Tell*, *Sondambula*, *Norma*, *Puritanos*, *Eli-xir* y *Lucía*? No hago más razonamiento; los hombres de cabeza y de corazon sentenciarán si tales obras se eclipsarán jamás en el mundo artístico.

El juicio sobre el mérito y la conveniencia de un nuevo género de armonía y modo de componer está reservado á los siglos futuros. Es fuera de toda duda que el arte musical atraviesa en estos momentos una crisis bastante grave. Cuando la decadencia hace progresos rapidísimos en un arte, es porque los principios se han olvidado, ó lo que es peor, falseado, y entonces la única vía para llegar al renacimiento es la que nos vuelve á aquellos sanos principios en toda su integridad, aceptando al mismo tiempo el adelanto hecho por el camino transcurrido y todo el desarrollo armónico que ha tenido la música desde la primera práctica del *estilo riguroso* hasta el presente.

## V

Wagner, como lo he dicho al principio, se propuso fundar un teatro nacional tudesco, que faltaba, y á este respecto la muerte del gran maestro ha sido una grave é irreparable pérdida para el arte germánico. Para que se realizase el fin Wagneriano, había necesidad del trabajo de Wagner, de ese genio indómito, conocedor profundo de todos los secretos y de toda la historia del arte, no sólo musical, sino, estoy, por decir, universal. Para ser concebida la idea Wagneriana, así como para realizarla, había necesidad de una inteligencia vasta y extraordinaria. Sus obras quedan como el catecismo del futuro arte tudesco, pero el que ose seguirlo en sus vuelos correrá el peligro de hallar la suerte de Ícaro.

Para los jóvenes compositores italianos la muerte de Wagner no ha sido muy dañosa. La obra del revolucionario queda ahí, como el Código Napoleon; pueden tomar de él lo mejor, lo más conveniente á nuestra índole, y volviendo á adoptar las tendencias melódicas de

su escuela italiana, establecer el verdadero equilibrio entre el arte tudesco y el de Italia. Pero deben saber elegir lo mejor, y ésto no lo podrán hacer sino cuando posean una sólida cultura musical y estética; pues si los jóvenes se dan á Wagnerizar así no más, de improviso, podremos escribir al frente de nuestros conservatorios: *Finis Musical*.

Hablando de nuestra música, Wagner ha dicho: — «La música italiana, deliciosa y perversa, excita y corrompe: quizás princesa, verdaderamente cortesana, bella como una Vénus del Ticiano ó impúdica como una mujer de Pedro Aretino, no se propone otra cosa que agradar y enervar; triunfa de las almas fuertes por su misma debilidad, graciosa y conmovedora como un abrazo lascivo, vulgariza su belleza en concesiones triviales.»

Vosotros, jóvenes, demostradle que ella no es la meretriz nacida de la voluptuosidad, sino la hija de aquel genio que en la Grecia comprendió y reprodujo el eterno tipo de lo bello en el arte plástico, al paso que entre nosotros lo infundía y hacía sensible en el canto y en la armonía.

Lo repetiré mientras tenga aliento: imitad á Wagner; vencedlo en el mismo amor nacional, que lo hace tan exclusivista; seguid su norma y sus preceptos, perfeccionando nuestra música, del mismo modo que el gran maestro se esfuerza en encontrar una para su patria; aceptad el progreso del arte, prestad oídos al haz armónico; pero haced que todo se convierta en vuestro dándole color y carácter nacional con la melodía.

Imitad á Wagner en la idea que lo impulsa á la solucion del árduo problema, esto es, de dar una música y un teatro á su nacion; pero recordad que vuestra mision es distinta; á vosotros toca sólo reformar nuestra vieja música. Imitad á Wagner en el nutrido amor por su patria, en el estudio asiduo, en la cultura literaria, en las largas veladas sufridas en busca de lo ignoto; así seréis sus verdaderos secuaces, y el mundo artístico, animádoos en la noble tarea, saludará en vosotros á los futuros sostenedores del teatro italiano.

El mismo Francisco Liszt, hablando con Filipi sobre si en Italia sería posible un teatro Wagneriano, decía que la música de Wagner era extremadamente opuesta á nuestras costumbres y á nuestro gusto; que si había sido difícilísimo educar el gusto de los tudescos para esa música, que había sido hecha para ellos, ¿cuánto más difícil sería educar el gusto de los italianos!

En cuanto á mí, nacido con el siglo, no me espantan las revoluciones ni los grandes rebeldes, ya sea en el campo de la política como en el del arte ó de la ciencia, llámense Napoleón Bonaparte ó Garibaldi, Manzoni ó Carducci, Rossini ó Wagner.

Grande admirador, hasta fanático, del autor del *Otelo*, del *Barbero* y del *Guillermo Tell*, muy amigo de Bellini, de Donizetti y de Verdi, no tengo escrúpulos en admirar el genio de Wagner; pero no de aquel idolatrado por los llamados *futuristas*.

El arte, especialmente el nuestro, se transforma con el cambio de los tiempos; y el no reconocer un progreso continuo, incesante, sería como tener una venda ligada á nuestros ojos. El que viniese hoy á escribir una ópera, como lo hubiera hecho ahora cincuenta años, sería digno de reprobacion, y nosotros seríamos los primeros en desaprobarlo. Pero ésto no implica un desprecio por nuestro glorioso pasado; sólo un fanático puede desconocer los inmensos é innumerables méritos de nuestros *grandes*, de los *Santos Padres* de nuestra música, como les llamó Rossini.

Wagner ha dado un paso adelante, paso notable. Ha separado enteramente el melodrama de las convenciones Rosinianas y lo ha llevado á espaciarse en un campo ideal más extenso y más aireado. No decimos que sea un paso definitivo, sí sólo una aproximación al punto que miramos intensamente. — « Un anhelo secreto, dice el « mismo Wagner, nos advierte que no poseemos el sér entero del « arte; una voz íntima nos dice que la obra de arte quiere finalmente convertirse en un hecho completo que apague hasta el sentido, que sacuda todas las fibras del hombre, que lo invada como « un torrente de alegría. Está de manifiesto que las entrañas de « las madres germánicas han dado al mundo sublimes genios; pero « falta todavía ver si las facultades intuitivas del pueblo tudeseo « son dignas de estos nobles nacidos, de estas elegidas madres. « Quizás sea necesario un nuevo conubio del genio de los pueblos, y en tal caso, á nosotros, tudeseos, no nos podría sonreír « otra más bella eleccion de amor, que aquella que uniese el genio de Italia con el genio de Germania. »

El verdadero progreso, el punto á que todos miramos, es una fusion completa de esas escuelas. El arte es universal. Lo bello me pertenece, decía Rossini. Los jóvenes compositores debían proponerse ese fin, pero para responder á la expectativa general deben estudiar profunda y detenidamente á los clásicos de la música. Tengan presente el programa de Verdi, que reproducimos íntegro en el apéndice, junto con el de Wagner.

### *Volved á lo antiguo y será un progreso.*

El que pronunciaba esas palabras las había robustecido con larga experiencia, con perspicacia de inteligencia, y despues de una larga elaboracion artística, ha conseguido abrir á nuestra música un horizonte más vasto y levantar triunfalmente nuestra bandera con esas dos geniales obras-jefes que se llaman *Don Carlos* y *Aida*.

#### APÉNDICE

##### I

*Realismo* — Algunos juicios del señor Antonio Sartiní sobre la palabra realismo, me parecen muy exactos, y por ello tomo algunos párrafos á su articulo publicado en el diario de Venecia, la *Escena*, de 22 de Julio de 1876 — núm. 3:

« La palabra realismo, dice, fué al principio aplicada á la escritura; los críticos empezaron á rebusear términos que parecieron nuevos y que por el contrario eran viejos, y racionios que quisieron hacer aparecer como viejos, pero que no lo eran, por la simple razon que querían echarla de lógicos, mientras que muchas veces no había otra cosa de lógico que la falta de lógica! De la pintura á la escultura y á la música el salto era fácil y fué dado con admirable facilidad y franqueza. »

(Paso todo aquello que respecta á las bellas artes y continúo, en lo referente á la música, con las palabras de Sartiní.)

« En la música, por obra del realismo, hemos perdido la melodía, aquella melodía que llenaba el ánimo de dulces afectos, que provocaba á santos entusiasmos, que hacía latir el corazon con más velocidad, estromecer los músculos y erizar los cabellos. La mujer enamorada oía por la noche una arieta bajo el balcon, una nota gentil, y reconocía al amante que á la luz de la luna le hablaba de amor. ¿ Dónde está ahora la melodía? ¿ Quizás en Meyerbeer, en Gounod ó en aquel ostrogodo que se llama Wagner? »

(Es inútil decir que no participo de esta opinion de Sartiní, puesto que encuentro melodías en Meyerbeer, Gounod y Wagner.)

« La melodía ya no existe. Las disonancias, las notas, las frases interrumpidas, las soluciones imprevistas se suceden, se enredan y se fatigan para poder entrar en los oídos del auditorio, que no comprende ni puede comprender nada. La matemática, esta verdad árida, se aplica á la más dulce de las artes; la ciencia y la filoso-

fia se ponen á contribucion para sancionar principios absurdos; y la única consecuencia de todo ésto es que la idea se va y muere, el público se fastidia, y despues de haber estado obligado á alambicar inútilmente el cerebro, para hallar siquiera una lejana é hipotética semejanza de idea, se va tambien.

Hé aquí á lo que conduce esta escuela nueva, la que se dice realista y escribe en su bandera lo *feo* y lo *bello*. Hé aquí lo que han alcanzado estos espíritus nuevos, que despues de haber tratado á nuestros autores de *viejos chochos*, y despues de haberlos hecho aparecer ante el partido del arte libre como viles esclavos del arte mismo, proclamaron estos dos principios: — el arte debe representar la naturaleza, pero no debe salir de ella para idealizar los sentimientos y las criaturas. — Un idealista (lo llamo así) escribir: « Dejo de confutar el axioma de que el arte debe representar la naturaleza, porque hay ciertas ideas nacidas de los manicomios que no se combaten; raciocinar de ciertas ideas con ciertas personas es malgastar el tiempo y el aliento. »

(Continuará.)

## Curso de Derecho Constitucional

POR EL DOCTOR DON JUSTINO J. DE ARÉCHAGA

SEGUNDA PARTE

### ORGANIZACION POLÍTICA

CAPÍTULO VIII

ORGANIZACION DEL SENADO

(Continuacion)

#### I

SUMARIO — La Cámara de Representantes, organizada en la forma indicada en el capítulo anterior, es un elemento imprescindible del gobierno representativo, pero al mismo tiempo es la mas imperfecta de todas las instituciones políticas. — Inconvenientes y peligros que ofrece la Cámara popular. — Falta de competencia en sus miembros para el ejercicio regular de las tareas legislativas. — Tendencia á adoptar resoluciones precipitadas. — Inestabilidad de las instituciones y de las leyes. — Exagerado espíritu de progreso. — El Senado. — Diversas denominaciones que ha recibido. — El Senado debe recibir una organizacion muy distinta de la de la Cámara de Representantes. — Caracteres propios del Senado. — Personal selecto y especialmente preparado para las funciones legislativas. — Organizacion adecuada para la deliberacion tranquila. — Debe ser guiado en todos sus actos por un espíritu de estabilidad y de conservacion compatible con el progreso regular. — Cómo organizaba el Senado la Constitucion Peruana de 1856. — Cómo se organiza el Senado actualmente en Noruega. — Cuestiones que comprende el estudio de la organizacion del Senado.

Una asamblea emanada del voto popular directo, compuesta de un crecido número de miembros y permaneciendo en el ejercicio de sus funciones un período de tiempo relativamente corto es, como

se ha visto en el capítulo anterior, imperiosa exigencia, elemento imprescindible del sistema de gobierno democrático representativo. No obstante esto, difícilmente podrá encontrarse una institución política que á sus méritos reales, mayores imperfecciones y peligros reuna que la rama popular del Poder Legislativo. La elección directa, al mismo tiempo que le dá el carácter, esencial en ella, de asamblea representativa de todas las opiniones y de todos los intereses colectivos, la constituye con un personal que, salvo algunas excepciones, carece de las aptitudes necesarias para el desempeño regular de las tareas legislativas. El hecho, observado por Tocqueville, de que la Cámara de Representantes de los Estados-Unidos, elegida directamente por el pueblo, está compuesta de individuos oscuros y vulgares, mientras que el Senado, constituido por una elección á dos grados, encierra en su estrecho recinto una gran parte de las celebridades de la América del Norte, no es un hecho excepcional, sino el resultado lógico y natural del ejercicio directo del sufragio por las masas populares (1). — El crecido número de sus miembros, necesario para que en su seno estén representados todos los matices de la opinión pública, ofrece el peligro de favorecer los movimientos apasionados y la adopción de resoluciones inconvenientes y precipitadas. Y la frecuente renovación total de su personal, de la que no es posible prescindir á fin de que la Cámara experimente las mismas modificaciones que sufran las ideas y las necesidades sociales, tiene que producir el efecto de dar á todos sus actos una perniciosa inestabilidad, pues que, como lo ha dicho Madison, un cambio de hombres trae consigo un cambio de opiniones y la perpétua mutación de las leyes. — Agréguese á todo esto la circunstancia de que, formada generalmente la Cámara de Representantes con elementos nuevos, con hombres jóvenes que en ella inician su vida política, llenos de entusiasmo por las más avanzadas ideas y desprovistos de la experiencia de los negocios públicos, está siempre dispuesta á encarnar en la ley toda nueva idea, á realizar todo progreso, sea ó no adaptable á la sociedad que rige, y se tendrán, ligeramente enumerados, los peligros que ofrece y las imperfecciones que encierra esa institución política, de la que no puede prescindirse porque es elemento capitalísimo y rasgo característico del sistema de gobierno democrático representativo.

(1) Véase el capítulo IV, párrafo I de estas lecciones, en el número 30 de esta Revista.

Pero la Cámara de Representantes no funciona sola. A su lado, lo he demostrado ya, es necesario establecer otra Cámara cuyo concurso sea también indispensable para la sanción de toda ley, porque el Poder Legislativo solo puede ser ejercido con acierto y sin peligros para la sociedad cuando se confía á dos asambleas que recíprocamente se fiscalicen y contrapesen. Esa otra Cámara ha recibido el nombre de Senado en todos los pueblos de América, así como en Bélgica, Italia, Francia y España; el de Cámara de los Lores en Inglaterra, Consejo de los Estados en Suiza, Landsting en Dinamarca, Cámara de los Pares en Portugal, Cámara de los Señores en Austria, Prusia, Baviera y otros Estados Alemanes, y Primera Cámara en Suecia y los Países Bajos. — Y puesto que deben existir dos Cámaras para que la una fiscalice la conducta de la otra, corrija sus errores y anule sus resoluciones ilegítimas, es evidente que debe ser muy distinta la organización que se dé á ambas. — En efecto, si el Senado y la Cámara de Representantes recibieran una organización idéntica, estarían formados con iguales elementos, de la misma manera combinados y, en consecuencia, se encontrarían siempre bajo el imperio de las mismas ideas, de los mismos errores, de idénticas pasiones, y en vez de limitarse y fiscalizarse recíprocamente, se anularían constantemente para adoptar con premura medidas que en ambas Cámaras encontrarían igual aceptación. — En tal caso, una Cámara sería, respecto de la otra, no un centro de resistencia y de control, sino una poderosa fuerza impulsiva.

« Un Senado, como una segunda rama de la asamblea legislativa, ha dicho Madison en el *Federalista* (1), duplica la garantía para el pueblo, exigiendo la concurrencia de dos distintos cuerpos en las tentativas de usurpación ó de perfidia, en que la ambición ó la corrupción del uno sería de otro modo suficiente. . . . Pero observaré simplemente que, como la improbabilidad de combinaciones siniestras estará en proporción de la desemejanza en la índole de los dos cuerpos, debe ser político distinguirlos entre sí por cualquier circunstancia, que sea consistente con la debida armonía en todas las medidas convenientes y con los genuinos principios del gobierno republicano. »

No solo es necesario que el Senado tenga una organización distinta de la de la Cámara de Representantes; también lo es que po-

(1) *Federalista*, número LXII, pág. 505.

sea cualidades propias para destruir los efectos de los vicios inherentes á la constitucion de la Cámara popular. — Así, puesto que la Cámara de Representantes, por el hecho de ser directamente elegida por las masas populares, es mas bien la representacion del sentimiento que de la razon pública, y, reflejando todos los defectos del pueblo que la elige, cuenta generalmente en su seno una mayoría de hombres vulgares, ó poco preparados para el ejercicio de las funciones públicas que se les confian, el Senado debe ser una corporacion compuesta de ciudadanos selectos, de hombres de Estado, de individuos de positiva competencia en la difícil ciencia de la legislacion, para que, con su ilustrado criterio, oponga eficaz y provechosa resistencia á los errores y desaciertos de la otra Cámara. — « Los defectos de una asamblea democrática que representa al público en general, dice acertadamente Stuart-Mill (1), son los defectos del público mismo: la falta de educacion especial y de saber. Lo que se necesita para poner remedio á esto, es asociarle un cuerpo cuyos rasgos característicos fueran la educacion especial y el saber. — Si una Cámara representa el sentimiento popular, la otra debería representar el mérito personal, probado y garantido por servicios públicos reales y fortificado por la experiencia práctica. — Si una es la Cámara del pueblo, la otra debería ser la Cámara de los hombres de Estado. » — Solo á condicion de que el Poder Legislativo se organice sobre estas bases, podrá ofrecer garantías de una direccion inteligente y provechosa de los múltiples y complicados intereses de la sociedad.

Puesto que la Cámara de Representantes, corporacion formada con un personal numeroso, en su mayor parte joven, inesperto y de un nivel intelectual no muy elevado, está naturalmente expuesta á todos los peligros de las grandes aglomeraciones de hombres, á los movimientos apasionados y á las precipitadas resoluciones, arrancadas por los artificios de un orador elocuente ó por las maquinaciones de un hombre astuto, el Senado debe ser un cuerpo de tal manera organizado, que en su seno se estudien y discutan todas las ideas y todos los proyectos con entera calma y madurez, que en los debates no pueda tener cabida ese género de elocuencia propia solo para mover las pasiones y determinar rápidas ó irreflexivas resoluciones, y se observen mas bien las formas tranquilas y familiares de una simple Comision de Legislacion, para que, de esa manera,

(1) Stuart Mill. « Le Gouvernement Représentatif », pág. 230.

pueda servir de dique para contener en sus desbordes á la otra rama del Poder Legislativo.

Puesto que la Cámara de Representantes, corporacion cuyo personal debe ser renovado con bastante frecuencia para que en todo momento sea un fiel reflejo de la opinion pública, tiene una muy marcada propension á volver sobre sus resoluciones anteriores, introduciendo en ellas constantes modificaciones, destruyendo hoy la obra de ayer para hacer otra tan efímera como aquella, dando así á las leyes y á las instituciones una inestabilidad sumamente perniciosa, porque es contraria á su misma naturaleza y á la funcion que desempeñan en la sociedad, el Senado debe organizarse de manera que su accion tienda á dar firmeza á las instituciones y á las leyes, sin perjuicio de las modificaciones que sean exigidas por el progresivo desenvolvimiento de la sociedad.

En fin, puesto que la Cámara de Representantes, por la naturaleza de los elementos con que generalmente se organiza, por la eleccion directa y la frecuente renovacion de sus miembros, que llevan á su seno constantemente la representacion de las mas nuevas ideas, y, en una palabra, por todas sus condiciones orgánicas, está dominada por un exagerado espíritu de progreso, y se encuentra siempre dispuesta á encarnar en las instituciones y en las leyes los mas recientes adelantos, los mas avanzados pensamientos, sin detenerse mucho á apreciar su bondad intrínseca y si la sociedad está ó no preparada para recibir, sin sérios peligros, esas reformas, el Senado debe ser un cuerpo organizado de manera que predomine en todos sus actos un espíritu de conservacion que, siendo conciliable con el progreso regular, oponga enérgica resistencia á las temerarias impacencias de la Cámara popular, á sus proyectos estemporáneos, á las reformas y progresos que sean inconciliables en el estado actual de la sociedad y con su grado de cultura; porque toda innovacion que en tales condiciones se realiza, lejos de contribuir al desarrollo de la sociedad y al bienestar de los individuos, es fuente de positivos males y de trastornos. — « Un pueblo, ha dicho Laboulaye (1), vive siempre con la tradicion. Podrá tener nuevas ideas y nuevas necesidades, pero á nadie le es permitido cambiarlo todo de repente. Esto es tan imposible para un pueblo, que es una coleccion de hombres, como para un solo individuo. No podemos en el decurso de un día transformarnos bruscamente y renunciar á todo nuestro pa-

(1) Laboulaye. « Histoire des Etats-Unis », tomo III, pág. 376.

sado, y si examinamos nuestras ideas, veremos que son tradicionales y que sirven de transición á las ideas nuevas. Vivimos sobre la herencia de nuestros padres, y, como dijo Leibnitz, « el presente es hijo del pasado y padre del porvenir. »

Tales son las condiciones que debe reunir el Senado para que pueda desempeñar ventajosamente la importante función que le corresponde en el organismo político. Todas ellas, aplicadas con más ó menos fidelidad y extensión, se encuentran hoy en los Senados de casi todos los pueblos regidos por instituciones libres, monárquicas ó republicanas. — Sólo en dos sociedades políticas se ha prescindido de ellas y se ha incurrido en el gravísimo error de dar al Senado la misma organización que á la Cámara de Representantes. — Esas dos sociedades políticas son el Perú y Noruega. — Daré una ligera idea de la manera cómo se constituye el Senado en esos dos países, porque la creo digna de ser conocida, siquiera sea á título de curiosidad.

En el Perú, la Constitución sancionada el 13 de Octubre de 1856 estableció que, para constituir el Senado y la Cámara de Representantes, eligiera el pueblo todos los años, por votación directa, un número determinado de ciudadanos, y que, terminada esa elección, se dividieran los electos en dos grupos iguales por medio de sorteo, para formar con uno de ellos el Senado, y con el otro la Cámara de Representantes. — Pero esa Constitución de 1856, puesta en vigencia bajo el gobierno militar del general Castilla y no aplicada jamás con seriedad, fué sustituida bien pronto por otra, promulgada el 10 de Noviembre de 1860, que es la que actualmente rige, y en ella se establecieron distintas bases de organización para las dos ramas del Poder Legislativo.

En Noruega, por la Constitución sancionada el 4 de Noviembre de 1814 y actualmente en vigencia, cada tres años se constituye, por una elección á dos grados, una asamblea, denominada *Storting*, compuesta al presente de ciento catorce miembros. — Inmediatamente después de verificada esa elección, se reúne el *Storting* y procede á designar, á mayoría de votos, una cuarta parte de sus miembros para que constituyan el *Lagthing*, ó Senado. — Las otras tres cuartas partes de miembros de la Asamblea forman el *Odelsthing*, ó Cámara de Representantes. Ambas ramas del Poder Legislativo funcionan separadamente y se gobiernan y organizan con entera independencia (1).

(1) Hasta el año de 1883, dice Saint-Girons en el « Manual de Derecho Constitucional » que acaba de dar á la estampa, las costumbres habían corregido en

Siguiendo el mismo método adoptado en el capítulo anterior para estudiar la organización de la Cámara de Representantes, y tomando como base las precedentes observaciones, examinaré las distintas cuestiones que ofrece el estudio de la organización del Senado; investigaré qué procedimiento electoral es necesario emplear para elegir periódicamente su personal; qué condiciones deben reunir los ciudadanos para que puedan ser electos Senadores; de qué número de miembros debe componerse el Senado; cuánto tiempo han de permanecer éstos en el ejercicio de sus funciones y de qué manera se ha de renovar periódicamente el personal de esa Cámara. Pero antes es conveniente hacer un ligero exámen crítico de algunos sistemas de organización del Senado que han sido propuestos por distinguidos tratadistas contemporáneos. — Ese exámen contribuirá á dar más precisión á las ideas ya emitidas sobre la naturaleza y misión del Senado y, en consecuencia, favorecerá el estudio de las diversas cuestiones que acabo de enumerar.

## II

SUMARIO — Diversos sistemas de organización del Senado, propuestos por varios autores. — Exposición de la doctrina de Stuart-Mill á este respecto. — Su conveniencia, como medio de transición, en algunas monarquías, del Senado hereditario al Senado electivo. — Defectos del sistema de Stuart-Mill. — El Senado estaría compuesto de individuos incompetentes para las funciones legislativas. — No ofrecería ninguna garantía de fidelidad y de respeto á los derechos é intereses populares. — En la generalidad de los casos estaría caracterizado por un espíritu conservador demasiado exagerado. — Quedaría librada al Poder Ejecutivo la elección de los miembros del Senado y se vería este expuesto á perder su independencia de acción. — Exposición de la doctrina que establece que el Senado debe componerse de los representantes de la industria, el comercio, la navegación, la ciencia, el arte, etc. — Refutación de esta doctrina, bajo los dos aspectos en que la presentan sus defensores.

« De todos los principios, dice Stuart-Mill (1), según los cuales puede constituirse un cuerpo sabiamente conservador, destinado á

Noruega los inconvenientes de este sistema de organización del Senado, que asegura á la mayoría del *Storting* (asamblea general) una mayoría décil en el *Lagthing* (Senado) reducido, por la fuerza de las cosas, al papel de Cámara de registro del *Odelsthing*. » — Pero en Febrero de 1881, á consecuencia de una prolongada crisis, que ha dado lugar á singulares abusos del parlamentarismo el *Odelsthing* (Cámara de Representantes), resuelto á acusar á los Ministros, ó Consejeros de Estado, formó el *Lagthing* (Senado) exclusivamente con miembros de la izquierda, cuando hasta entonces había estado compuesto de los hombres más notables de todos los partidos », pág. 241.

(1) Le Gouvernement Représentatif — pág. 280.

moderar y reglar el ascendiente democrático, ninguno me parece mejor que el que ha servido de base al Senado Romano, cuerpo el mas sagaz y prudente que haya jamás administrado los negocios públicos. Los defectos de una asamblea democrática que representa al público en general, son los defectos del público mismo: la falta de educación especial y de saber. Lo que se necesita para poner remedio á esto es asociarle un cuerpo, cuyos rasgos característicos fueran la educación especial y el saber. — Si una Cámara representa el sentimiento popular, la otra debería representar el mérito personal, probado y garantido por servicios públicos reales, y fortificado por la experiencia práctica. Si una es la Cámara del pueblo, la otra debería ser la de los hombres de Estado, un Consejo compuesto de todos los hombres públicos que han ocupado cargos ó funciones políticas importantes. — Una Cámara semejante podría ser mucho mas que un cuerpo simplemente moderador. Sería, no solamente un freno, sinó que tambien una fuerza impulsiva. Allí, el poder de contener al pueblo pertenecería á los hombres mas capaces y, en general, mas deseosos de hacerlo adelantar en toda direccion útil. El Consejo á quien se confiase la mision de rectificar los errores del pueblo, no representaría una clase sospechosa de antipatía por los intereses de éste, sinó que se compondría de sus jefes naturales en la vía del progreso. Ningun otro modo de constituir una segunda Cámara lograría dar tanto peso y eficacia á su funcion moderadora. Sea cual fuese la suma de mal que pudiese impedir, sería imposible desacreditar como un puro obstáculo á un cuerpo que sería siempre el primero en favorecer el progreso. »

Despues de establecer estas bases generales, agrega Stuart-Mill que los Senadores deberían permanecer en el ejercicio de sus funciones durante toda su vida y que ese cargo público correspondería de derecho á las siguientes categorías de funcionarios: á todos los que fueran ó hubieran sido presidentes de un tribunal superior de justicia, civil ó criminal; á todos los que hubiesen sido jueces durante cinco años por lo menos; á los que hubieran desempeñado, durante dos años, un ministerio; á los que hubiesen desempeñado el cargo de comandante en jefe de un ejército ó de una escuadra; á los que, durante diez años, hubieran ejercido un cargo diplomático de primera clase, y, en fin, á todos los que hubieran ocupado, durante determinado número de años, los empleos superiores en todos los ramos principales de la administracion.

Así debe organizarse el Senado, en concepto del distinguido cons-

titucionalista inglés, para que reuna todas las condiciones de un cuerpo sabiamente conservador. — ¿ Es aceptable esta doctrina? — Si Stuart-Mill la hubiera propuesto sólo para su país y para algunas otras monarquías que aun conservan Senados aristocráticos, sería indudablemente aceptable, como lo ha observado con toda razon Florentino Gonzalez, como medio de transicion del sistema hereditario, en que se basan las Cámaras altas aristocráticas, al sistema electivo que iniciaron los Norte-Americanos y que hoy aplican todos los pueblos republicanos y aun algunas monarquías, como Bélgica, Suecia y los Países Bajos, pues que, suprimir bruscamente aquel sistema en sociedades que aun conservan una aristocracia mas ó menos influyente y poderosa, sería imposible ó, por lo menos, sumamente difícil y peligroso. — Pero considerada como una teoría de aplicacion general, aun en los pueblos democráticos, es fácil descubrir en ella tres gravísimos defectos que la hacen completamente inaceptable.

Es el primero, que si se le diera aplicacion práctica, perdería el Senado una de sus mas importantes y necesarias cualidades. — En efecto; juntamente con un prudente espíritu de tradicion y conservacion, debe el Senado poseer un personal de positiva competencia en la difícil y vastísima ciencia de la legislacion, puesto que está destinado, no sólo á contener las impaciencias innovadoras de la otra Cámara, sino que tambien á corregir los errores en que muy á menudo tiene que incurrir. — Pero la mas ligera meditacion es suficiente para adquirir el convencimiento de que, con la aplicacion de la doctrina de Stuart-Mill, no podría jamás constituirse un Senado que reuniera las condiciones que acabo de indicar. — Entre las aptitudes intelectuales que hacen de un hombre un perfecto funcionario administrativo, un hábil diplomático, un militar distinguido ó un sabio magistrado-judicial, y las que se requieren para poder desempeñar satisfactoriamente las funciones legislativas existe una enorme diferencia. Para cada una de esas funciones especiales de la vida política se necesitan muy distintas aptitudes; y un ciudadano que se distingue como funcionario administrativo ó por sus conocimientos y su experiencia en los asuntos militares, puede perfectamente ser un pésimo legislador. En la vida política, lo mismo que en todas las demás esferas de actividad, la especializacion de las funciones, que es ley ineludible, si favorece considerablemente el desarrollo de las facultades que cada individuo debe poner en ejercicio para desempeñar su funcion pública especial, perjudica, en

cambio, el cultivo y el desarrollo de las demás facultades que permanecen inactivas; y por eso ha podido decir Grimke con toda verdad, que un alto empleado público puede estar asombrosamente instruido en todos los misterios de su profesion y hallarse miserablemente atrás del siglo en que vive. — Síguese, pues, de todo esto que un Senado organizado segun las ideas de Stuart-Mill, no estaría generalmente compuesto de hombres de verdadera competencia para el ejercicio regular de las tareas legislativas. — Carecería entonces de una de sus mas esenciales cualidades.

Es el segundo, que un Senado de esa manera constituido, ninguna garantía ofrecería de fidelidad y de respeto á los derechos ó intereses populares. — Los miembros del Poder Legislativo, además de ejercer funciones que, por su naturaleza, no pueden ser limitadas de una manera estricta, no están sujetos á ningun género de responsabilidad *legal*. No tienen mas freno que el de la responsabilidad moral ante la opinion pública. Y esta única responsabilidad desaparece por completo cuando una Cámara Legislativa no tiene su origen en la eleccion popular, directa ó indirecta, y sus miembros son vitalicios; pues que entonces, no teniendo estos nada que temer ni nada que esperar de un pueblo de quien no dependen, ningun interés tienen en escuchar sus quejas, en atender sus reclamaciones y en evitar sus censuras. — Cuando una asamblea electiva y sujeta á una renovacion periódica de su personal no marcha de acuerdo con la opinion pública y perjudica los intereses generales de la sociedad, puede ésta fácilmente evitar el mal llevando al seno de esa asamblea nuevos elementos en cada período electoral, que la hagan marchar de acuerdo con las aspiraciones populares. — Pero ningun remedio existe contra los males que pueda ocasionar una Cámara Legislativa cuyos miembros sean vitalicios, porque estos, legalmente irresponsables, no pueden ser separados de sus puestos por la sociedad, por mas que la perjudiquen en sus intereses y la ataquen en sus derechos.

Es el tercero, en fin, que un Senado organizado de la manera indicada por Stuart-Mill, en la generalidad de los casos estaría caracterizado por un espíritu conservador demasiado exagerado, que sólo serviría para estorbar el desenvolvimiento progresivo de la sociedad. — En efecto, constituida esa rama del Poder Legislativo con todos los hombres que hubieran ocupado, durante algunos años, los más importantes cargos ó funciones públicas, éstos, « como todos los que han ejercido por mucho tiempo el poder, en cualquier ramo

administrativo, serían conservadores rutineros de la legislación existente y resistirían toda innovación que tendiese á aumentar el progreso social (1). » — El funcionario obligado á aplicar constantemente una ley ó un reglamento cualquiera concluye por adquirir el hábito de proceder como está ordenado por ese reglamento ó ley y difícilmente se aviene con la mas insignificante reforma.

Por otra parte, puede tambien invocarse, contra la doctrina que vengo examinando, la circunstancia de que, con su aplicación, quedaría enteramente librada al Poder Ejecutivo la eleccion de los miembros del Senado, y esta rama del Poder Legislativo expuesta á perder toda independencia de accion. — Lo primero es evidente, pues que todos los funcionarios públicos, cualquiera que sea su categoría, son nombrados por el Presidente de la República. Lo segundo no es difícil demostrarlo. — El Poder Ejecutivo, además de conservar algun ascendiente sobre los senadores por haber sido todos agentes subalternos suyos, podría adquirir completo dominio sobre el Senado, designando para todos los altos cargos políticos, administrativos, diplomáticos y militares individuos de toda su confianza para que, despues de haber desempeñado durante algun tiempo sus respectivas funciones, pasaran á ocupar un puesto en el Senado, en el que no tendrían mas voluntad que la del Presidente de la República.

Tales son las razones que tengo para considerar peligrosa ó inaceptable la doctrina de Stuart-Mill sobre constitucion del Senado.

Hay otra doctrina, muy generalizada hoy, segun la cual el Senado debería estar formado con los representantes de los grandes intereses generales de la sociedad, tales, por ejemplo, como la industria, la navegacion, el comercio, las artes, las ciencias y las letras. — Laboulaye, Laveleye y otros publicistas distinguidos la han aceptado y explicado, pero en ninguna parte se encuentra expuesta con tanto método y precision, como en las obras de los autores Krausistas y especialmente en un « *Curso de Derecho Político* », recientemente dado á la estampa por el profesor de esa asignatura en la Universidad de Valencia, don Vicente Santamaría de Paredes.

« El fundamento racional de la dualidad de Cámaras, dice este autor, le hallamos en la naturaleza orgánica del Estado, que ha de reflejarse en la representacion. — La sociedad humana está organizada mediante la coexistencia armónica de dos elementos, á saber:

(1) Florentino Gonzalez. — « Lecciones de Derecho Constitucional », pág. 162.

uno *individual*, en cuyo sentido podemos definirla como *mera pluralidad* de hombres; y otro propiamente *social*, bajo cuyo aspecto decimos que se compone de familias, de pueblos, de colectividades religiosas, científicas, morales, económicas; en suma, de *diversas agrupaciones* de hombres, que cumplen juntos, alguno ó todos los fines de su vida con un carácter particular. Fije cada cual la atención en su propia existencia, y encontrará que es « uno de tantos », que viven socialmente, y que, además, pertenece á una determinada colectividad por razon del fin especial á que se dedica.

« Ahora bien, siendo el Estado la sociedad misma con todos sus elementos esenciales y caracteres históricos, aunque considerada sólo en uno de sus aspectos, que es el jurídico, debe reflejar en su organizacion estos dos elementos, dando representacion á los ciudadanos en su doble carácter de individuos y de miembros de una profesion ó clase. Bajo este supuesto, defendemos la dualidad de Cámaras, atribuyendo á la una la representacion general de los individuos del Estado, y á la otra la representacion especial de las diferentes instituciones sociales que viven dentro del mismo, con existencia propia y realidad histórica (1). »

Antes de entrar al exámen crítico de esta doctrina, creo útil hacer la siguiente indicacion: todos los que admiten esas ideas, como base de la organizacion del Senado, no las defienden y explican con los mismos argumentos. — Para los krausistas, el Senado debe ser la representacion de todas las *profesiones y organismos sociales*, porque, « siendo el Estado la sociedad misma con todos sus elementos esenciales y característicos, aunque considerada sólo en uno de sus aspectos, que es el jurídico, debe reflejar en su organizacion estos dos elementos: el individual y el social, representado por las diversas agrupaciones de hombres que realizan separadamente los fines especiales de la vida. » — Mas, para Laboulaye, Mailfer, Laveleye y demás publicistas que no pertenecen á la escuela de Krause, si esa rama del Poder Legislativo debe formarse con los representantes de todos los grandes intereses sociales, de la religion, las ciencias, la industria, la navegacion, las artes, etc., es porque de esa manera, se tendrá una Cámara que, por representar todos los elementos conservadores de la sociedad, será un órgano propio para moderar los escesos y los extravíos de la Cámara popular. — Por

(1) Vicente Santamaria de Paredes — « Curso de Derecho Político », pág. 304.

mi parte, examinaré esta cuestion bajo las dos fases con que se presenta, siguiendo el mismo órden adoptado para su exposicion.

Yo no sé por qué el Estado, aspecto jurídico de la sociedad, segun los krausistas, ha de reflejar en su organizacion estos dos elementos: los individuos y las colectividades, cuya coexistencia armónica constituye la sociedad. Los que tal doctrina profesan, no dan razon alguna para justificarla y, en consecuencia, dejan en la oscuridad los fundamentos de ese principio de organizacion política, al cual parece que subordinan todos los demás. — La más ligera observacion demuestra, por el contrario, que el Estado no es, ni puede ser, un reflejo de esos dos elementos sociales. — En efecto, el Estado encierra tres poderes: el Legislativo, el Ejecutivo y el Judicial, y estos dos últimos, siempre que reciban una organizacion racional, no pueden en manera alguna ser considerados como el reflejo de varios elementos sociales, porque no tienen ni deben tener el carácter de poderes *representativos* de las opiniones y de los intereses populares. — Es solamente en el Poder Legislativo, y especialmente en la Cámara popular, que se ve reflejada la sociedad, con todos sus elementos, con todas sus opiniones, con todos sus intereses. — Y esto es así, no porque algun principio fundamental de organizacion política lógicamente lo requiera, sino porque es el único medio de conseguir que los legisladores respeten los derechos de los miembros de la sociedad y que las leyes estén de acuerdo con las necesidades sociales y con la opinion pública.

Desde que el Estado es un organismo destinado á declarar y hacer efectivo el derecho en el seno de la sociedad, parece natural que, al constituirlo, se trate, no de que refleje todos los elementos sociales, sino de que, por sus elementos componentes y por su organizacion, tenga la mayor aptitud posible para el desempeño regular de su mision. — Y éste es, en realidad, el criterio que se ha seguido siempre por todos al determinar la forma y las condiciones de vida de los poderes del Estado. — En efecto, el Poder Ejecutivo se ha organizado en todas partes, no teniendo en cuenta que ha de reflejar tales ó cuales elementos sociales, pues que no refleja especialmente ninguno, sino dándole la forma más apropiada para el cumplimiento enérgico de las leyes y para la buena administracion de los intereses públicos. — El Poder Judicial, compuesto de un personal inamovible, nombrado por un procedimiento electoral muy indirecto, está constituido precisamente para que ninguna influencia tengan sobre él las opiniones y los intereses populares, esto

es, para que no refleje ningún elemento social, y sea tan sólo el intérprete imparcial y severo de la ley. — Sólo la Cámara de Diputados es, ó debe ser, la fiel representación de todas las opiniones y de todos los intereses colectivos, vale decir, el reflejo de todos los elementos sociales, como se ha indicado anteriormente. Pero debe tenerse en cuenta que, precisamente por este motivo, la Cámara popular carece de las condiciones intelectuales necesarias para el ejercicio regular de las tareas legislativas, y que una de las más poderosas razones que existen para defender la existencia de una segunda Cámara, es la necesidad de crear un cuerpo de verdaderos legisladores que corrija ó destruya los errores y los desaciertos de la otra rama del Poder Legislativo. Luego pues, al organizar el Senado, lo que debe buscarse es que refleje la razón pública, que encierre en su seno los elementos superiores de la sociedad, bajo el punto de vista intelectual; y, en consecuencia, la doctrina que vengo examinando sería verdadera si se demostrase que, compuesto el Senado con los representantes de la industria, el arte, el comercio, la navegación, etc., se tendría una asamblea de individuos seriamente preparados para las tareas de la legislación. — ¿Es posible esa demostración? — Eso es lo que se verá en seguida en el exámen que paso á hacer de la otra faz bajo la cual se presenta también esta cuestión.

Es indudable que si la ley constitucional diera vida política á esas colectividades inorgánicas de hombres que se dedican á unas mismas tareas industriales, científicas, religiosas, artísticas, etc., atribuyéndoles la facultad de constituir un Senado con sus respectivos representantes, bien pronto se convertirían en verdaderas asociaciones ó corporaciones bajo la influencia creciente de sus respectivos intereses egoístas, y también porque el ejercicio en común de la función electoral las llevaría naturalmente á adquirir formas orgánicas. — Es también indudable que, realizada esa evolución, cada asociación llevaría al Senado á individuos que pertenecieran á ella y que se mostrarán celosos defensores de sus intereses, pues que en el seno de cada corporación, no puede concebirse que actúe un motivo de acción más poderoso que el de la seguridad y prosperidad de sus propios intereses. Y un Senado formado con industriales, comerciantes, marinos, artistas, literatos, ingenieros, médicos, etc., elegidos por agrupaciones de individuos de sus respectivas profesiones, sería la asamblea menos á propósito para realizar los importantes fines que en el sistema bi-cameral corresponden á esa

rama del Poder Legislativo. — En primer lugar, sería una corporación cuyos miembros estarían siempre inclinados á sacrificar los intereses generales del país en provecho de los particulares de sus respectivas corporaciones, porque serían exclusivamente representantes de éstas y no de la sociedad en general. En segundo lugar, carecería por completo de las aptitudes intelectuales necesarias para legislar y para corregir los errores y los desaciertos de la otra Cámara. — ¿Qué juicio acertado puede formar un industrial, un médico, un literato, un artista, etc., sobre la bondad y conveniencia de determinado proyecto de ley, cuando su profesión le obliga á hacer estudios diametralmente opuestos á los que se requieren para ser legislador? — ¿Qué preparación pueden tener para la función legislativa esas diversas categorías de individuos? Es un gravísimo error suponer que basta el buen sentido y un espíritu recto para ocupar dignamente un puesto en el Poder Legislativo. — Se necesita para ello un serio estudio de las ciencias morales y políticas, y, por regla general, ignoran completamente estas ciencias los individuos que se dedican á las profesiones que acabo de enumerar. — Sería mirado como un insensato el hombre que confiara á un juriconsulto, por ejemplo, las más delicadas tareas de la medicina, del comercio, de la navegación, etc.; y ¿por qué no han de merecer el mismo calificativo los que se empeñan en confiar á los médicos, negociantes y marinos las más difíciles funciones de los juriconsultos y de los hombres de Estado?

Estas consideraciones demuestran acabadamente, en mi concepto, que es enteramente falsa la doctrina que estableció que el Senado debe formarse con los representantes de todos los grandes intereses sociales.

Terminado este ligero exámen crítico, paso á ocuparme en seguida de las diversas cuestiones que ofrece el estudio de la organización del Senado. En las siguientes páginas, trataré de dar un sentido más determinado y más concreto á las ideas generales que he emitido antes sobre la naturaleza y la índole de esa rama del Poder Legislativo.

## La caída (1)

POR EL DOCTOR DON JOSÉ SIENRA CARRANZA

### I

Recuerdos de la patria atribulada  
Venid á palpitar en mi memoria;  
Lóbregos tiempos de la edad pasada  
Decid al alma vuestra oscura historia.

Alzad de vuestro polvo, tradiciones;  
Hablad al corazón, voces sombrías.  
De los días sin luz los nubarrones  
Vienen bien con las nubes de otros días.

Para cantar tus ínclitas hazañas,  
Para alumbrar los cuadros de tu gloria,  
¡ Oh patria del amor de mis entrañas,  
Yo he de esperar el sol de la victoria !

### II

Venid á mí, recuerdos de desgracia,  
De humillación, de esclavitud, de ruina,  
Derrotas de la santa democracia  
Vencida, desterrada, peregrina! . . .

¿ Qué fué de vuestras horas de desmayo,  
Y cuál es vuestra histórica enseñanza? . . .

(1) Esta composición no es una obra aislada. — El autor emprendió hace tiempo el trabajo de una epopeya, cuyos fragmentos se extraviaron con otros papeles durante un viaje al Paraguay. — El presente canto, que debía ser uno de los cuadros de la obra, ha sido reconstruido, merced al recuerdo de algunas de sus estrofas, con el especial objeto de concurrir á una conferencia en el Ateneo.

Cuando pasa el crepúsculo de Mayo  
La egregia aurora de Ituzaingo avanza!

Y así el númen robusto de la lira  
Que entre negras visiones desfallece:  
Si del pasado en el dolor suspira,  
Del futuro en los triunfos se engrandece.

Opresión, despotismo, humillaciones,  
De un monarca extranjero vana gloria,  
Venid y entre sombrías tradiciones  
Renovad el baldón de vuestra historia! . . .

### III

Tal el destino fué . . . nubló su frente  
El sol que en luz de libertad radiara,  
Al tronar por los aires insolente  
De invasoras legiones la algazara.

De Maldonado al Uruguay undoso,  
Del Cerro al Yaguaron, inmenso grito  
En vano evoca altivo y poderoso,  
Las sombras de las Piedras y el Cerrito.

Que al recaer en mengua vejatoria  
Bajo ajeno pendón Santa Teresa,  
Nubló su faz el sol de la victoria  
Y el tronchado laurel voló en pavesa.

### IV

¡ Avanzó el invasor! . . . y en las cuchillas,  
Y en las sierras alzóse su bandera,  
Y el patrio pabellón rueda en astillas  
Bajo el rayo mortal de Talavera.

¡ Ah! ¿ los que el brío del león hispano  
En las llanuras con valor domaron,  
Cuando asoma el escudo lusitano  
Pierden la antigua fé con que triunfaron? . . .

## V

Al grito inmenso que agitó la tierra,  
Violada por el pié del extranjero,  
Rudo clamor de independencia y guerra  
Exhaló de su seno el Hervidero.

Cuando á tus puertas la invasion golpea  
Hay quien levante ¡oh! patria, tu estandarte!  
¡Hay quien vibre su lanza de pelea,  
¡Hay quien sepa morir para vengarte!

Por eso en imponente muchedumbre  
Se revuelven tus gauchos escuadrones,  
Que al anuncio de nueva servidumbre  
Centauros lucharán en sus bridones.

¡Ellos son! . . . los guerreros furibundos  
Hijos de la batalla y las fatigas,  
Falanges de soberbios vagabundos,  
Arabes del Coran que lleva Artigas!

Ellos son, sí, tu libertad, tu vida,  
Cabalgan en sus potros altaneros :  
No perderás la honra en la partida,  
No volverán la grupa tus guerreros.

Son los que ayer pugnaron como bravos,  
Los que en las Piedras al sembrar su espanto  
Sobre el yugo servil de los esclavos  
Tu lábaro elevaron sacrosanto.

Son los que un día contempló arrogantes  
Desde el muro español Montevideo,  
Los que lucharon con Rondeau, gigantes,  
Por aventar al déspota europeo.

¡No vaciló su fé ni su entereza!  
¡No temblaron los pechos orientales!

Y hoy, á insultar su honor y tu grandeza,  
No volverán las huestes coloniales.

## VI

Mas ¿no bastan tus héroes, los valientes  
Que hallaron prez de San José en la loma? . . .  
¡Ora sus bayonetas relucientes  
El Lusitano sobre tí desploma!

Ayer partiste tu primer victoria  
Con los hermanos que te dió la suerte, —  
¡Fué aquella sociedad para la gloria,  
Y ora te busca el genio de la muerte!

¡Sola estarás en la borrasca horrenda!  
¡Sola en la lucha, hermosa infortunada!  
¡Tus hijos mueren en la gran contienda,  
Tú caerás entretanto abandonada!

De Buenos Aires el extenso foro  
Retumba con la voz de la victoria —  
¡Sólo en tí gime tu genial decoro,  
Sólo eres tú la víctima expiatoria!

Tuyos son los históricos cañones  
Que en Chacabuco rugirán triunfantes,  
Tuyas en parte son esas legiones  
Que de pólvora y gloria van humeantes.

Y en medio ¡guay! de los guerreros grandes  
Que la altivez domeñan española,  
Hijos tuyos tambien trepan los Andes  
Y tu espíritu llevan con Pagola.

## VII

¡Ah! no son, ¡vive Dios! esos hermanos,  
Los que se elevan redimiendo un mundo.  
Traidores han tomado entre sus manos,  
El estandarte de la luz fecundo.

Por eso con apática indolencia  
Te contemplan convulsa de amargura,  
Mientras el pueblo atado á su impotencia  
Contigo, en vano, tu dolor apura!

La voz de tus cabildos angustiada  
En vano ayuda demandó al hermano,  
Que en tanto que á tu honor se abre la fosa,  
Del Brasil Pueyrredon es cortesano.

De un menguado ministro las intrigas  
Así un gobierno honró en su apostasía,  
Así infamó su gloria en odio Artigas  
El que cumplió los planes de García! (1)

Así trocése en fábula irrisoria  
El pacto de la sangre dulce y fuerte, —  
Fué ¡oh patria! aquella union para la gloria,  
Y ora te busca el genio de la muerte!

## VIII

¡Ah! pero al grito que agitó la tierra  
Violada por el pié del extranjero,  
Rudo clamor de independencia y guerra  
Exhaló de su seno el Hervidero.

Y allá van los guerreros escuadrones  
Revolviendo sus lanzas brilladoras,  
Centauros en los ágiles bridones,  
Falanges de la patria vengadoras!

Pero... ¡en vano rugiendo de coraje,  
Ponen el pecho á la fortuna incierta,  
En vano resistiendo el vasallaje  
Rodarán sin vencer en India Muerta!

(1) Don Manuel José García (ministro de las Provincias Unidas cerca de la Corte de Rio Janeiro), á quien la tradicion y la historia disciernen el honor de la iniciativa y la persistencia en el empeño de la entrega de la provincia Oriental á la monarquía portuguesa, como medio único de anonadar el poder de Artigas.

Mas no cayó el valor republicano,  
Que allí al poder del número cediera,  
Y, en pos del triunfo, el vencedor ufano  
Volvió á encontrar las lanzas de Rivera —

¡No avanzaron un palmo sobre el suelo  
Que ennoblecíó la libertad sagrada,  
Sin que el vencido en belicoso anhelo  
Tornase á renovarles la jornada!

## IX

¡Volvieron á luchar!... brega sangrienta  
Se dilató sin orden y sin valla,  
Para vengar la nacional afrenta  
Fué todo el campo un campo de batalla.

¡Volvieron á luchar!... brilló la lanza  
Del Arapey sobre la verde orilla,  
Y, al caer bajo el fuego la pujanza,  
Se alzó el honor de nuevo sin mancilla!

¡Volvieron á luchar!... á la contienda  
Mandó el monarca innúmeras legiones,  
Y se tornó á la lid en lid tremenda,  
Uno con diez, y lanzas con cañones!

¡Lucharon sin cesar!... la sangre humeante  
Que de Nancy las gramas enrojece,  
Del uruguayo el ánimo arrogante  
Con nuevo encono indómito enardece.

¡Lucharon sin cesar!... falange exigua  
A desigual batalla torna airada...  
Vuelve á la lid, con la soberbia antigua,  
Con la fé de los héroes exaltada!

## X

Y otra vez desigual cerró el combate,  
Rugió el cañon y se blandió la lanza!...  
El corazon del libre en vano late  
A impulsos del furor y la esperanza!...

¡ En vano fué luchar!...hado implacable  
Nos persiguió maléfico doquiera.  
En vano de los héroes brilló el sable  
Del Catalan (1) en la fatal ribera.

¡ Allí fué el combatir, diez contra ciento!  
¡ Allí prodigios de valor se hicieron!  
¡ Allí fué el campo del horror sangriento  
Donde al morir de gloria se cubrieron!

¿ Murió la fé?... ¿ murió el valor?... lucharon  
En su lucha tenaz contra el destino!  
En medio á la derrota no cejaron  
Ni les dió la victoria nuevo sino!

Por eso en vano se cebó su espada  
En la abatida hueste portuguesa,  
Por eso en vano en Chapicuy arrollada  
*La persiguió su lanza en la sorpresa.*

¡ Vano fué el batallar!... estaba escrito  
Que el extraño pendon prevaleciera  
Y que á arrastrar harapos de proscrito  
El genio audaz de las batallas fuera.

¡ Ah! fué precisa la traicion osada  
De un ingrato caudillo (2) en día infando,  
Para el descanso de la ajena armada,  
Roto en fraterna lid el patrio bando.

(1) El Catalan fué la más reñida de las batallas de aquel periodo.

(2) Ramirez.

## XII

¡ Entonces tuvo el portugués reposo,  
Entonces fué su imperio soberano,  
Entonces ¡ ay! el pacto ignominioso  
Que nos unió á los siervos del tirano!

¡ Entonces fué que míseros patricios  
El servil juramento pronunciaron,  
Y al genio de la paz los sacrificios,  
De honor y libertad se consagraron!

¡ Entonces fueron las amargas horas  
De esclavitud, de humillacion, de ruina,  
Y el monarca en sus gracias protectoras  
Nos degradó á Provincia Cisplatina!

## XIII

¡ Paz y seguridad, orden, riqueza,  
Al insultado pueblo se brindaba,  
Y un bando envilecido en su flaqueza,  
Los dones del monarca acariciaba!

¡ Oh patria! así tu honor republicano  
Con sus sarcasmos ultrajó el destino,  
Así, trocado en siervo el ciudadano,  
Tras la conquista, la deshonra vino.

Así, en farsa ridícula, irrisoria,  
Cantaste en himnos de placer tus penas!  
Así dos lustros se nubló tu gloria  
Cargando del esclavo las cadenas.

Así pasaste en feudo hereditario  
De un Braganza caduco á otro Braganza,  
Triste ludibrio del poder nefario  
Que pesó tu destino en su balanza!...

## XIV

¡Y el imperial señor no comprendía  
 Aquellas ironías de la suerte...  
 Y á los proscritos héroes no sentía  
 Que forjaban los rayos de su muerte!

¡No comprendió — ¡el señor! — que hay un aliento  
 Cuyo soplo los odios desmorona—  
 Ni que del libre al despertar violento  
 Vacilara en sus sienes la corona!

¡Ignoraba que en horas de desmayo  
 Renaciera la luz de la esperanza—  
 Que si se hundió en la noche el sol de Mayo,  
*La egregia aurora de Ituzaingo avanza!!*

## Figueredo

ROMANCE DEL DOCTOR DON JUAN CÁRLOS GOMEZ

POR EL DOCTOR DON ENRIQUE DE ARRASCAETA

Entre otras reminiscencias literarias de nuestra primera juventud, conservábamos la de una Leyenda que, con el título que lleva este escrito, dió á luz, por primera vez, nuestro querido condiscípulo Juan Cárlos Gomez, en el diario *La Gaceta de Comercio*, que por el año de 1842 se publicaba en esta Capital.

Hasta ahora hemos podido explicarnos cómo en el largo lapso de tiempo transecurrido desde entonces acá, no haya sido reimpresa produccion tan interesante, bajo más de un concepto, y que sin temor de que se nos crea ofuscados por la amistad que siempre profesamos á su autor, no vacilamos en colocar, como una de las primeras, entre las muy pocas de ese género, que cuenta nuestra literatura nacional. Á dos causas, empero, podría atribuirse esta omision, siendo una de ellas la corta duracion del periódico en que apareció, motivada por los graves acontecimientos políticos acaecidos á fines de 1842 y principios del 43, y la otra, la escasa importancia que el autor daba á su Romance, segun se desprende de una nota suya que se lee al fin de él.

Algunos días hace, el doctor don Cárlos M.º Ramirez tuvo la amabilidad de poner en nuestras manos, por intermedio de nuestro comun amigo el doctor don Luis Melian Lafinur, una copia sacada, en Buenos Aires, del diario que la contiene, perteneciente á un coleccionista de aquella ciudad.

Despues de una nueva lectura de esa obra poética de nuestro amigo, mostraríamos falta de celo por el lustre de las letras uruguayas, si no nos apresuráramos, como lo hacemos, á sacar del olvido en que, casi por medio siglo, ha permanecido el bello poema patriótico del levantado cantor á la Libertad.

Pero, antes de dar á conocer su argumento y desempeño artístico, obligados, puede decirse, por el asunto mismo, vamos á hacer

una ligerísima reseña de las condiciones literarias de nuestro país en la época en que aquella composición se escribió, á fin de fijar, en cuanto nuestros recuerdos lo permitan, la filiación de la escuela literaria en que se formó Gomez, y los poetas de su tiempo, datos que pueden servir, á la vez, como base de criterio para mejor apreciar el Romance.

Corría el año 1841; el ilustre publicista doctor don Florencio Varela, su hermano el eminente poeta don Juan Cruz, y los jóvenes más ilustrados de Buenos Aires encontrábanse emigrados en Montevideo, teniendo su centro político y literario en el estudio del primero, y por órgano en la prensa *El Nacional*, redactado por don José Rivera Indarte.

Don Estéban Echebarría, el inmortal autor de « La Cautiva », que también se encontraba en Montevideo, con « Los Consuelos » había importado de Europa al Río de la Plata el gusto literario llamado romántico, entónces en todo su auge en el viejo mundo.

Al lado de furibundos artículos contra el General Rosas y su política, frecuentemente insertaba *El Nacional*, en sus columnas, las producciones de Zorrilla, Espronceda y otros poetas españoles de la moderna escuela; traducciones de Hugo, Lamartine, Byron; poesías de Gutierrez, Dominguez, Mármol, y junto á éstas aparecían « El Azahar » y « El Jazmin » de Adolfo Berro, y alguna que otra letrilla satírica de Figueroa vaciada en el molde de las de Don Francisco de Quevedo.

A ese movimiento literario, iniciado en la prensa aquende el Plata, vino á dar poderoso impulso el primer certámen poético celebrado en esta capital el 25 de Mayo de 1841, en el cual tomó parte, aunque con éxito nada feliz, por la forma clásica de su canto, sólo un poeta uruguayo, don Francisco Acuña de Figueroa.

Acababa de regresar, á la sazón, de Río Grande, al seno de la patria, nuestro jóven amigo Juan Carlos Gomez, cuando sobrevino en la noche del 27 de Setiembre de aquel mismo año, la prematura muerte del inolvidable Adolfo Berro, acontecimiento que llenó de tristeza el corazón de Gomez, como el de todos sus compatriotas, arrancando á su lira, hasta ese día ignorada, las bellas y sentidas estrofas consagradas á la memoria del malogrado Adolfo, que se encuentran en la guirnalda poética dedicada á éste, y que fueron motivo para que los poetas argentinos lo aclamaran como el nuevo poeta venido á reemplazar al poeta que perdimos.

Desde ese momento la modesta casa que habitaba Gomez en la

calle de San Juan entónces, Ituzaingó hoy, era frecuentada, de noche, por el doctor don Juan Bautista Alberdi, los poetas laureados doctor don Juan M.<sup>o</sup> Gutierrez y don José Mármol, el apreciable caballero don Juan Bautista Cuneo, redactor del *L'Italiano*, éco de la jóven Italia, Francisco X. de Acha, Alejandro Magariños Cervantes, casi un niño, que recién se daba á conocer con su « Lazarino », y el más humilde de todos ellos, el que estas líneas escribe.

En esa improvisada tertulia surgió la idea de fundar un órgano político y literario redactado principalmente por orientales, pensamiento que tuvo su realización con la publicación del diario *La Gaceta de Comercio*, escrita por Estrázulas, Gomez y otros jóvenes compatriotas, y en la que, como llevamos dicho, se dió por primera vez á luz la Leyenda que ha dado ocasión á que recordemos con gusto la brillante aurora que precedió al espléndido día de la literatura actual en las dos naciones del Plata.

Fué, pues, en ese ambiente literario que Gomez concibió y escribió su Leyenda « Figueredo », el ensayo más completo, á nuestro juicio, que puede presentar nuestra literatura del género romántico en boga en aquel tiempo, siendo éste, para nosotros, á más de la feliz concepción del plan y ejecución, otro de los méritos del poema.

Esto dicho, ocupémonos, ahora, del Romance, como lo ha titulado su autor.

Divídese éste en seis cantos ó cuadros, escritos en diferentes metros.

En el primero, que le sirve de introducción, y que titularíamos « El Ocaso », por describirse en él una puesta de sol presagando tempestad, el poeta nos presenta, en las márgenes del arroyo de Pando, al anciano Figueredo, su héroe, dominado por el pensamiento de concurrir á libertar su patria esclavizada, en estas bellas y fáciles quintillas:

Todos procuran asilo,  
Que el Sol camina á su ocaso:  
Indiferente y tranquilo  
Un ginete paso á paso  
Se dirige á su mansión:

Cual si llevase la carga  
Á su pesar de la vida,  
Cual si su experiencia amarga

No le dejase cabida  
Sinó á la resignacion.

¡ Quién sabe qué pensamientos  
Su cabeza cana inclinan,  
Qué recuerdos, qué tormentos,  
Qué sueños no lo fascinan  
Al final de su vivir!

¡ Quién sabe si no ha tenido  
Aspiraciones de gloria,  
Y bajar mira al olvido  
Con su vida su memoria  
Sin poderlo ya impedir!

Voluntad fuerte, pasiones  
Hubo, acaso, en ese anciano,  
Y meditó, las prisiones  
De la Patria, con su mano  
Para siempre destrozár.

Libertad, nombre vacío  
Para el hombre de experiencia,  
Quizá es su desvarío  
Y en su pecho con violencia  
Hace el corazón saltar.

Libertad, sí, siempre ha sido  
Su divisa en la pelea,  
Ya venciendo, ya vencido,  
Libertad la sola idea  
Que ocupó su juventud.

Hoy del tiempo al peso horrible  
Su vigor antiguo cede,  
Batallar no le es posible,  
Mas llevar sus hijos puede  
Á romper la esclavitud.

Llega al rancho, de su frente  
El sudor seca su esposa,  
Sale un hijo, y diligente,  
Mientras él allí reposa,  
Desensilla el alazan.

Él le dá á besar la mano,  
Contemplándolo con pena;  
Porque sólo vé el anciano  
En la tierra. . . . una cadena  
En el cielo. . . . el huracan.

En el segundo, denominado « La Resolucion », en medio de la tormenta desencadenada, Figueredo canta, acompañándose con la guitarra, procurando levantar en el alma de sus hijos, que atentos lo escuchan, el espíritu de libertad de que él se encuentra poseído.

Al retremblar del trueno,  
Al rebramar del viento  
Lamenta de la Patria  
La torpe esclavitud:

De su animado rostro,  
De su inspirado acento  
El entusiasmo brota  
De ardiente juventud.

La voz de un padre siempre  
Resuena irresistible,  
Cuando su imperio halaga  
La voz del corazón;

Solemne, cuando en medio  
De situación horrible  
Enciende de la gloria  
La noble aspiracion.

Los jóvenes que oían  
Las voces del anciano  
Sus impresiones pintan  
En la encendida faz :

Ya involuntarios llevan  
Hasta el puñal la mano,  
Ya secan de sus ojos  
La lágrima fugaz.

Él mira con orgullo  
Las raudas emociones  
Del corazón altivo  
De aquella juventud.

Y astuto, lisongeando  
Sus fervidas pasiones,  
Los lleva por la senda  
De gloria y de virtud.

De pronto, arrebatado,  
Se arroja de su asiento,  
Tirando la guitarra  
Con ímpetu tras sí. . . .

Su fuego no acompaña  
Tan débil instrumento ;  
La voz resuena sola  
Con noble frenesí ;

Comprendiendo Figueredo, como lo manifiesta en esta última estrofa, que el instrumento es débil para acompañar su fervido entusiasmo, dirige á sus hijos este enérgico apóstrofe :

Hijos, ayer peleaba con denuedo  
Por daros una Patria, un porvenir ;  
Anciano ya, si combatir no puedo,  
Si no puedo vencer, sabré morir.

Pesa otra vez sobre las frentes nuestras  
Infamante señal de esclavitud,  
Y puñales teneis, y teneis diestras  
Y rebosais de vida y juventud ;

Es la victoria el premio de los bravos :  
El poder lo probó del español...  
La noche ahora nos oculta esclavos,  
Mañana libres nos alumbré el sol !

En el tercero, « La Partida », despues de pintar la alborada, el autor nos hace asistir á la patética escena de la despedida de la familia en los siguientes versos :

. . . . .  
Al rededor de una casa  
Hay caballos ensillados,  
Y rumores de soldados  
Se oyen débiles sonar.

A la luz del alba escasa  
Se ven grupos diferentes,  
Que en silencio, diligentes,  
Se disponen á marchar.

Vano anhelo : de improvisto  
Salen del rancho llorosas  
Las hermanas, las esposas  
De los que van á partir.

Y ya entonces fué preciso  
Verter lágrimas por ellas,  
Que para las almas bellas  
No es vergonzoso gemir.

. . . . .  
Con rostro altivo y sereno  
Sólo un anciano no llora,

Porque en su pecho devora  
Los impulsos del dolor.

Hay un objeto primero,  
Una idea en él clavada,  
La Patria tiranizada  
Por extranjero señor.

¡Monten! les dice imperioso,  
Y mudos todos quedaron;  
Avergonzados dejaron  
Más lágrimas de verter.

¡Sufrir, mintiendo reposo,  
El dolor que las oprime!  
¡Qué resignación sublime  
No le es dado á la mujer!

De pronto, como temiendo  
Que los detengan sus voces,  
Se precipitan veloces  
Ellos murmurando: ¡Adios!

Pero entretanto siguiendo  
Van las miradas sus giros,  
Mientras vuelan los suspiros  
De los caballos en pos.

En el cuarto, «El Combate», el poeta describe éste, y á los hijos de Figueredo luchando con desesperado arrojo por salvar á su anciano padre, que en la pelea ha rodado con su caballo.

Oigámosle:

Atravesan el campo lentamente  
Ordenadas hileras de soldados,  
Que en sus rostros marchitos y atezados  
Parecen sus fatigas proclamar.

Vil interés no fascinó su mente,  
Ni de la gloria los ensueños vanos,

Que ese grupo de libres y de hermanos  
Sólo anhela su Patria libertar.

Ayer no más, dejaron sus hogares  
A merced de los fieros opresores,  
Y vencidos á un tiempo, ó vencedores  
En mil encuentros se miraron ya.

Hermanos de infortunio y de pesares,  
Comun siempre el peligro, una la gloria,  
La libertad de todos, la victoria,  
O la muerte de todos sellará.

Esposas, hijos, bienestar dejaron  
De libertad en el primer destello,  
Que nada encierra el universo bello  
Para el que el peso de opresión sintió.

Con sangre ya su senda señalaron,  
Con sangre ya sus nombres escribieron,  
Sangrientas sus espadas relucieron  
Y el sol de libertad aún no lució.

.....  
Trepano se descubre por la altura  
Considerable muchedumbre armada;  
Es imposible ya la retirada,  
Fuerza es vencer, ó con valor morir.

Vienen todos cubiertos de armadura,  
En caballos soberbios, descansados;  
Ellos están desnudos, fatigados. . . .  
Los primeros serán en combatir.

A galope tendido se arrojan  
Levantando en el aire el acero  
Sobre el fuerte escuadrón, que altanero  
De su número el choque esperó.

Al embate primer lo despojan  
De los puntos que altivo guardaba,  
Y bien pronto de aquel que mofaba  
El guerrero de Europa tembló.

El instante pasó de sorpresa,  
Y con raudos furor se atropellan,  
En los sables los sables se ostrellan,  
Al valor el valor contrastó.

El ginete veloz atraviesa  
El terror esparciendo y la muerte,  
Y en las puntas del sable su suerte  
Cada cual con espanto miró.

No sucede, se irrita, se aumenta  
El combate de quera indaciso;  
Ya alcanzaban el triunfo... imprevisto  
Del anciano el caballo rodó.

Esa turba se arroja violenta,  
Se apodera del misero anciano  
Porque el sable cayó de su mano,  
Porque tiempo á pararse no dió.

A salvarlo sus hijos se lanzan  
La victoria entregando al contrario;  
El salvarlo es objeto primario,  
La victoria es inútil sin él.

Sus cañados aceros no alcanzan  
La muralla á romper que se opone;  
A cual más por salvarlo se expone,  
A cual más lo resisto cruel.

Más y más el contrario se concentra  
La defensa tan sólo sosteniendo,  
La retirada sólo pretendiendo,  
Que bastante victoria consiguió.

Donde luce una espada allí se encuentra  
Un hijo que combate denodado,  
Procurando morir, si no lo es dado  
Arrancar el laurel que conquistó.

Mas la noche destruye la esperanza,  
Ocultando traidora con su velo  
El bien, que por momentos á su anhelo  
Conceder el destino pareció.

Ni sable miran, ni enemiga lanza  
Donde estrellar el destrozado pecho...  
¡Solo con su aflicción, y su despecho  
¡Ay! del que triste en orfandad quedó!!

En el quinto, « La Prisión », el poeta nos presenta á Figueredo en su flotante prisión de Río Janeiro, abismado en los recuerdos y pesares que atligen su alma fuera de la patria y del hogar querido.

En áspera reja la sien inclinada  
La vista en el cielo clavaba un anciano;  
Atentos los ojos, tendida la mano  
Parece que espera su suerte de allí.

Del mundo tirano no espera ya nada,  
Que al peso del tiempo su frente ya cede,  
Y el mundo promete tan sólo al que puede  
Servir de placeres á su frenesí.

¿Dónde están esos días que en petro ligero  
Cruzaba los campos sin un pensamiento,  
Confundiendo á los aires el vago lamento  
Del joven ardiente que á amar no llegó?

¿Dónde están los delirios del beso primero,  
Del goce inefable misterios del alma?  
¿Dónde están esas horas de amor y de calma  
Que junto á su esposa felice pasó?

¿Dó están esos hijos que siempre á su lado  
 Gozaron sus dichas, sufrieron sus penas,  
 Que oyendo sus cantos en noches serenas  
 La luna brillando contentos miró ?

¿Dó están esos hijos que al grito sagrado  
 De Patria corrieron al campo ligeros,  
 En sangre tiñendo los fuertes aceros  
 Que al pecho enemigo su voz dirigió ?

No podemos resitir al placer de reproducir íntegro el canto  
 « El Extranjero » con que termina la Leyenda, y en el que el bardo  
 lamenta en armoniosos endecasílabos la triste suerte de su héroe.

¡Triste es buscar en vano con los ojos  
 Un lugar de recuerdos á la vida,  
 Demandando siquiera los despojos  
 De una edad bella en ilusion perdida !

¡Triste si ansiando un aura de consuelo  
 Siente pesado el aire que respira :  
 Si levantando la mirada al cielo  
 Extraña luz iluminarle mira !

¡No encontrar en la noche silenciosa  
 Un éco que responda á su quebranto !  
 Idolatrar sus hijos y su esposa  
 Y ser la causa de su amargo llanto !

No halla una imágen de la tierra amada  
 Para adormir la agitacion del alma,  
 Ni río vé, ni arroyo, ni cañada,  
 Sauce, ni *ombú*, ni *sarandí*, ni palma :

Ni silencioso el avestruz camina  
 Exhalando su lánguido gemido,  
 Ni el *yajé* las tormentas vaticina  
 Del viento por las ráfagas mecido.

Nada... ni al ménos en el tiempo alcanza  
 La libertad, iman del pensamiento ;  
 Que destruyen los años la esperanza  
 Del infortunio con el frío aliento.

Nada... mas alza su cabeza cana  
 El noble orgullo que le dan sus glorias,  
 Porque su nombre vivirá mañana  
 De una Nacion unido á las memorias.

Bella es la vida, el infortunio es bello  
 Que arrulla el pensamiento con la gloria ;  
 Bello el morir para alcanzar por ello  
 Labrarnos una página en la historia.

¡Triste, muy triste, sí, ser extranjero !  
 ¡Triste la patria abandonar de anciano  
 Cuando se juzga que será el postrero  
 El mudo ¡adios! que dirigió la mano !

Pero más triste aún, bárbaro, horrible,  
 Arrastrar en el pié dura cadena,  
 Que de la mar al ímpetu terrible  
 Áspera, lenta, compasada suena.

Mirar el mundo de placer colmado  
 Desde el rincón de su prision flotante,  
 Con los recuerdos de su bien pasado  
 Sin un ensueño que el futuro encante !

Llevó la suerte al infeliz anciano  
 A contemplar un pueblo que aborrece,  
 Desde la mar que á libertarlo en vano  
 Contra su débil cárcel se enfurece.

Muros y torres y palacios mira,  
 Diques del aire que momentos duran,  
 Pendones del orgullo que delira,  
 Donde los vientos destruccion murmuran.

No volará solícito su lecho  
 Hijo ninguno, ni afligida esposa,  
 Ni el sollozar escuchará de un pecho,  
 Ni el rumor de plegaria fervorosa ;

Lágrima alguna en su cabeza cana  
 No depondrá el amor y la amistad,  
 Pero su nombre sonará mañana  
 En los cantos de patria y libertad.

El lector inteligente habrá podido notar, por los trozos insertos, que el poeta ha empleado ocho metros distintos de consonantes ligados aún en versos de metro que no lo requieren, imponiéndose voluntariamente mayor esfuerzo del necesario, con lo que, á la vez que rendía tributo al espíritu de innovacion reinante entonces, parece hubiera querido al mismo tiempo hacer gala de sus aptitudes de fácil metrificador.

Cúmplenos decir tambien, á fuer de imparciales, que en uno ó dos cantos del poema se encuentran algunos versos flojos, y negligencias que hacen dudar hayan salido de la misma pluma que escribió los otros. Mas no debe olvidarse lo que ya dejamos apuntado: que esta Leyenda la escribió su autor siendo muy jóven, cuando apenas había publicado una ó dos de sus composiciones, y nos invadía el romanticismo, que haciendo alarde de menospreciar la forma, daba toda la importancia al pensamiento; que nunca fué revisada por el eximio poeta, bien fuese porque se lo impidiesen las triples tareas del periodismo, el foro y la cátedra, que absorbieron casi toda su existencia, ó porque no dió el verdadero valor que, en nuestra opinion, tiene su bellissimo Romance.

Montevideo, Mayo de 1885.

## Impresiones de un drama

POR EL DOCTOR DON JOSÉ SIENRA CARRANZA

### I

¡Difícil tarea la del arte, constantemente apremiado por la exigencia de la utilidad moral!

La literatura que no encierra benéfica enseñanza no es arte, es maleficio. — Se diría que el *summum*, la *quinta esencia*, no se hallará hallado hasta el día en que la moral de Sócrates ó del evangelio se encuentren condensadas en una leccion del doctor Fausto. . . . ó de Mefistófeles.

Corregid la obra de Kempis, depurad de sus exageraciones y sus errores la « Imitacion de Jesucristo », y hé ahí, en compendio, todo el arte que la palabra humana puede producir.

Pero ¿ y la arquitectura ? ¿ y la escultura ? ¿ y la pintura ? ¿ y la música ?

Suprimidlas casi por completo. — Dejad sólo en pié las catedrales góticas y la estatua pagana, cuya planta ha gastado con sus besos la veneracion de sesenta generaciones de cristianos, — y los frescos de San Pedro — y las melodías del *Stabat Mater*.

Y hé ahí el arte.

El espíritu humano, entretanto, resistirá obstinadamente este ascetismo. — No sólo de pan vive el hombre, ni el alma se alimenta de moralidad únicamente.

El aire que provee de oxígeno á los pulmones, necesita ser la brisa que refresca la atmósfera, y seca el sudor de las frentes, y hace vibrar el arpa eolia del follaje en la arboleda ; — la luz que despierta la vision en la pupila necesita ser el color que tñe de arreboles las nubes de la aurora, que enciende la roja cabellera del sol en el ocaso, ó forma séres fantásticos en la callada noche, entre las ruinas, á los pálidos rayos de la luna.

La fantasía, la imaginación, el corazón, tienen también una voz que pide lo que los seduce, lo que los embriaga, lo que los eleva arrancándolos á las severas ó vulgares realidades de la naturaleza y de la vida, desatando tal vez á la materia y al hombre del lazo de las leyes que tiranizan su existencia, ó remontándolos á lo sublime, en nuevas revelaciones de estas leyes mismas, alcanzadas por las inspiraciones del genio, en las notas supremas de la emoción, del dolor, de la pasión.

Las imprecaciones delirantes de Job en el poema bíblico, que sobrepasan todo sarcasmo y todo insulto contra la divinidad,— aquellos gritos sobrehumanos que Shakespeare pone en boca de algunos de sus personajes, en *Ricardo III*, en *el Rey Lear*, en *Otello*,— nada tienen que ver con los preceptos regulares de la moral; y, sin embargo, el alma los sigue ansiosa, subyugada por su grandiosidad, como si se sintiese trasladada á otra atmósfera más propia para la dilatación de sus potencias, saltando atrevida ó aterrada sobre las extremas desigualdades de las altas cumbres y los negros precipicios.

Y ¿cuál es, entre los cantos de la Divina Comedia, el que más ha conmovido, el que más ha tocado la fibra de los sentimientos dulces y compasivos?

Sacad á Francesca de Rímíni de aquella niebla con que la circunda el génio piadoso de Dante, y descubrid y examinad el adulterio con los lentes de la moral de Anásitenes, ó de los padres de la Iglesia!—Nó, esa mujer ha estado en la tierra, y de la tierra es su historia;—pero, el poeta que la coloca bajo vuestra mirada velada entre celajes de nubes que no pertenecen á este mundo, la ha sustraído á la rigidez de vuestras leyes, y no tenéis infamia que arrojarle, porque vuestro corazón se deshace en lágrimas delante de su sombra gentil y de su peregrina desventura.

Tal es el privilegio del genio, que permite á los grandes pintores tomar las facciones del rostro, y la corrección de las formas, y la esbeltez del talle, de la Vénus Griega, para formar los ángeles y las *madonas* con que el Renacimiento adornó las catedrales católicas.

## II

No es lícito encerrar el arte en los estrechos límites del intento moral, forzarlo á marchar por el angosto sendero de la salvación de las almas, ú oprimirlo dentro de las reglas de las escuelas filo-

sóficas que aspiran á imponerse en la dirección de los destinos humanos.

Emanación de tendencias y de necesidades congénitas del espíritu, con manifestaciones que crecen en vigor y pureza á medida que la cultura de las sociedades se desarrolla y toma vuelo el ideal, él puede separarse de todos aquellos propósitos, aunque ellos no se conciben sin su auxilio.

¿Qué moral, qué religión ó qué filosofía espiritualista ó escéptica, qué política ó qué ciencia, se encuentran interpretadas ó servidas en un trozo de música de *Aida* ó de *Mejistrójeles*, en una de las admirables joyas de Benvenuto Cellini, en el don Juan de Byron, en la *Graziella* de Lamartine, y en los lienzos en que los mejores pinceles del mundo han trazado las imágenes de la Fornarina y de la Gioconda?

Todo ésto está fuera de la ley y de los conceptos de las religiones y de las escuelas que conservan ó se transmiten el gobierno de las conciencias y de la sociedad; pero todo eso pertenece á la vida del alma, del sentimiento, del corazón, á las más altas satisfacciones humanas, constituyendo las notas sobresalientes de una civilización, que sin ellas aparecería incompleta, y que no subirá en su escala interminable sin análogas y superiores manifestaciones del espíritu creador que alienta en su seno.

## III

Pero el arte no se sostiene invariablemente en tal esfera.—Templa la lira de Orfeo que suaviza las ásperas costumbres y llama á la vida de la paz y del trabajo,—canta con la inspiración de Homero las antiguas proezas, fundando la unidad de una raza por la comunidad de los recuerdos del heroísmo y de la gloria,—enseña la filosofía con la palabra divina de Platon, y diviniza la enseñanza de Cristo en la parábola evangélica,—levanta al cielo el sentimiento místico de la edad media con las líneas ascendentes de las góticas basílicas, ó acerca el firmamento suspendiendo en el aire sobre la cabeza de los fieles la cúpula de San Pedro,—habla el lenguaje de los perdidos siglos en las pirámides egipcias,—evoca entre las ruinas la extinta grandeza de Roma, y sugiere la unidad de Italia, en la Divina Comedia, y la liberación de los pueblos esclavos en las magistrales armonías del *Moisés*,—estremece á los tiranos con la voz de la Marsellesa,—impulsa la emancipación de una raza con los

cuadros de la Cabaña del Tío Tom, — entona con Victor Hugo las elegías de la patria y los himnos de la fraternidad y de la república universal, — y eleva en el puerto de Nueva-York, por encima de todas las obras de la arquitectura humana, la antorcha de *la Libertad iluminando al mundo*.

## IV

Esta misión del arte, que puede llamarse militante, tiene en la literatura su más vasto desempeño. — Por ella se embellece y difunde la historia desde Herodoto y Tucídides hasta Lamartine, hasta Macaulay y Taine ó Michelet, — por ella se propagan las ciencias sociales y políticas, con el estilo brillante de Bastiat, ó con el retórico encadenamiento de la razón de Herbert Spencer, — y las ciencias naturales mismas, con la inventiva de Julio Verne y con el admirable talento expositivo de Camilo Flammarion. — Pero su aspecto remarcable está en aquellos géneros especiales en que el fondo de la obra, por capital que sea, tiene su suerte pendiente de la perfección de la forma, — en la poesía, en la novela, en el teatro.

Ciertamente que si Goethe ó Espronceda, aquél con su gran poema, ó éste con su magnífica imitación, se hubiesen propuesto producir una enseñanza moral ó social, arrancando ó removiendo algún vicio del corazón de los hombres, habrían perdido en vano esfuerzo el poder de su inspiración; — como sería inútil solicitar igual influjo á los cuentos fantásticos de Hoffmann. — Amar, creer, esperar, estas virtudes que forman el trípode sobre que descansa toda la vida moral, son sólo emanaciones delicadas, suaves y embriagadores perfumes de flores efímeras nacidas en el fango ó sacudidas por el vendaval, que los espíritus selectos aspiran en la profanada pureza de Margarita, en el salvaje candor de la Salada, ó en el rumor de la borrasca y de las olas que repiten el último grito de Annunziata!

## V

El Quijote tiene un objeto directo de crítica y de mejoramiento social, del mismo modo que se encuentra en la Nueva Eloisa y el Emilio.

El arte literario toma en estas obras su misión moralizadora, — es escuela, es educación.

Entonces hay que exigirle el fin útil, á la vez que el medio atra-

yente que debe prestigiarlo, — siendo inseparables la moralidad del fondo y la belleza de la forma.

Tal es la regla que domina en la apreciación de las producciones del teatro moderno, — del teatro, es decir, de la esfera en que el arte se hace escuela por excelencia.

Esta regla, sin embargo, es más ó menos exigente, según el carácter de la obra, sin que pueda requerirse la misma importancia de lección moral á una comedia jocosa que á un drama serio, y debiéndose distinguir aún en este último género, según la naturaleza y aún las circunstancias de lugar y de tiempo del asunto, y del punto de mira adoptado por el autor.

Tocamos con esta observación el objeto de estas líneas, motivadas por la representación del drama de don José Echegaray *El Gran Galeoto*, que tantos laureles ha conquistado para la frente del famoso dramaturgo.

## VI

La trinidad de un hombre entrado en años, de su mujer jóven y bella, y de un amigo en el esplendor de la vida, entregados todos á los ingenuos abandonos de una íntima y absoluta confianza, constituye un cuadro cuyas variantes pueden utilizarse con los más diversos propósitos.

Este canavá que Madame Cottin hizo servir para su Clara, ha sido bordado por el señor Tamayo y Baus en *Un Drama Nuevo*, y es la base de *El Gran Galeoto*.

Dejando de lado la novela francesa, se encuentra desde luego en estos dramas la diferencia de su lección moral, — puesto que en el uno se ofrece á la reprobación del auditorio la conducta miserable del delator que busca la venganza de sus derrotas del teatro en los infortunios de la vida privada del rival de su gloria escénica; en tanto que el otro se propone fustigar el vicio de la maledicencia, de la difamación gratuita, á que todo el mundo concurre sin calcular la posible y espantosa gravedad de sus consecuencias.

## VII

Detengámonos en los hechos capitales del drama de Echegaray.

Ernesto Acedo es un jóven huérfano, simpático, elegante, y poeta, hijo de un hombre que había salvado de la ruina á su amigo don

Julian de Garagarza. — Ernesto ha quedado en la pobreza, y el amigo de su padre lo acoge en su casa y bajo su proteccion, para devolver bien por bien, como cuadra á un hombre honrado. — Teodora, la bella esposa de don Julian, comparte la solicitud de su marido en aquel pago de la deuda del honor y del cariño.

El drama se abre con un prólogo en que aparece el poeta debatiéndose en las dificultades que le suscita una árdua empresa. — Preocúpale la singular idea de un drama cuyos personajes no podrían caber en el escenario de ningun teatro, como que el papel principal corresponde á la sociedad, es decir, á todo el mundo. — La tiene él, sin embargo, en la cabeza; pero tan grande es el problema de la forma que ha de imprimirle, y tan escabroso el asunto, que ni siquiera concibe la posibilidad de darle título.

Don Julian, que regresa del teatro, pasa por la habitacion del joven dramaturgo, quien le hace la confidencia de sus tribulaciones. — Don Julian las deplora en tono algo zumbon, considerando tal vez más deplorable la pérdida de tiempo del poeta, que se habria recreado más en el teatro, de donde él viene, y donde todo el mundo ha extrañado no verle en su compañía.

La conversacion de estos dos personajes se prolonga lo suficiente para que Teodora acuda en busca de su marido, y tercie en ella con la noticia de que en el teatro todos sus amigos le han preguntado por el ausente.

Así, pues, resulta que, en presencia del matrimonio á quien debe su hospedaje, *todo el mundo* se interesa por Ernesto. — Y al quedar solo en su cuarto, el poeta arroja de sí todas las vacilaciones, pide al mundo entero sus furtivas y siniestras voces, y á los amores de Paolo y Francesca, el recuerdo de un nombre socorrido, — y escribe el título: EL GRAN GALEOTO.

El drama empieza.

### VIII

Don Julian y su esposa llenan la primera escena con un diálogo, cuyo objeto es Ernesto, sus antecedentes, sus méritos, su situacion y su porvenir. — entrando en ello no sólo su matrimonio, que se verificará algun día, sino tambien el de su hijo y la hija de los autores de aquel plan, que igualmente á su tiempo habrán de ver la luz si Dios lo quiere.

Entretanto, el poeta, á quien preocupan los comentarios del mundo

acerca de su anómala posicion en la casa de don Julian, al verle con él ó con su esposa, en el paseo, en el teatro, diariamente en el mismo asiento de su mesa, ha resuelto poner término á los favores que recibe, ausentándose de Madrid. — No es deudo, no es secretario, no es socio del dueño de aquellas comodidades que se le ve gozar, y no hay, por consiguiente, explicacion que satisfaga las preguntas del vulgo. — Debe marcharse.

Pero ni don Julian ni Teodora entienden así las cosas. — Las murmuraciones malévolas sólo merecen el desprecio; — y, en cuanto á lo demás, dado que sea necesaria una posicion definida, ahí están las funciones de secretario, que desde ese instante quedan confiadas al escrupuloso poeta.

No hay tiempo que perder, y don Julian á quien su corresponsal de Lóndres ha ofrecido un secretario, deja solos á su esposa y á su protegido, para ir á escribirle que su recomendacion ha llegado tarde.

Las últimas horas del día han transcurrido en aquellos planes, — la luz del sol ha huido, y los jóvenes quedan en el salon comprometidos bajo los auspicios de la oscuridad de la noche. — La escena es ingénuamente fraternal, cayendo Ernesto en un sofá, al que se acerca Teodora, para cambiar entre ambos un tierno coloquio sobre la sinceridad y la fuerza del afecto que une los tres corazones, con elogio especial del de don Julian, segun es de rigor.

### IX

El demonio de la intriga aparece en tal instante bajo la doble personificacion de don Severo y Mercedes, marido y mujer, hermano aquél de don Julian quienes, despues de una breve duda al entrar, notan que hay gente por la parte de un balcon donde penetra una pequeña claridad y hácia el cual se han dirigido efectivamente Teodora y Ernesto. — La malignidad aguza la atencion y el oído, sin que, no obstante, perciban bien las cosas extrañas que quisieran adivinar.

Don Severo y su esposa concluyen por cerciorarse de que tienen delante de sí la pareja que les dá la espalda, y no tardan en impacientarse de aquel diálogo verdadera y deliciosamente amistoso que en el balcon se sostiene *sotto voce*, y que bajo el misterio de la oscuridad se les figura una cosa que pasa de castaño á oscuro.

Han callado demasiado tiempo, y toman su determinacion. — In-

terrumpen con voz alta la conversacion del amigo y la amiga, y una vez hecha notar su presencia, y agregadas dos ó tres frases impertinentes, pregunta don Severo si la comida dá tiempo para hablar con su hermano. — Lo dá de sobra; y él se apresura á aprovecharlo, encargando á su dama de cumplir igual tarea con Teodora.

Don Julian y su esposa sabrán lo que el mundo dice de la chocante intimidad establecida con el simpático poeta.

Pero ni el uno ni la otra levantan hasta la altura de su honrada dignidad la murmuracion calumniosa que cae á sus piés.

## X

Ernesto, por su parte, ha sido advertido de la situacion, no sólo por la actitud de don Severo y Mercedes, sino tambien por alguna indiscrecion de Pepito, el hijo de éstos. — Y, ante toda la familia vuelve sobre su anterior resolucion de ausentarse, declarando á don Julian que ha meditado acerca del puesto de secretario y decidido no aceptarlo. — ¡Inútil insistencia! Don Julian no puede renunciar al cumplimiento de sus deberes y sus proyectos con el hijo de su amigo; — ni sentaría á su altivez el sacrificio de sus sentimientos bajo la presion de la maledicencia del vulgo.

Es necesario que Ernesto permanezca á su lado, para confusion y rabia de calumnias y villanos.

De la sala al comedor, irá, por su órden, Teodora apoyada en el brazo de Ernesto.

Antes de pasar la puerta, la pareja *se ha detenido y vuelto la cabeza furtivamente*; y don Julian, que la sigue con don Severo, se pregunta qué significa tal accidente..., lo cual quiere decir que *va entrando en la locura* de su hermano, segun él mismo lo reconoce, con la agregacion de este aforismo:

¡Ah! la calumnia es segura:  
Va derecha al corazon!

## XI

La consecuencia de tal estado es inevitable, quierase ó no se quiera en mayor ó menor tiempo.

Ernesto concluye por marcharse de la casa de sus protectores, resolviendo en seguida un viaje á América.

Cuando ésto último llega á conocimiento de don Julian, procura evitarlo, y al efecto se dirige al nuevo alojamiento del jónen, modesta vivienda, cuya pobreza admiran y deploran, tanto él como don Severo, que le acompaña para su generosa tentativa.

El poeta ha salido, pero mientras le aguardan, aparece allí e ilustre Pepito, quien declara haberse lucido, dado que, segun su impresion, ya lo saben todo su padre y su tío. — Y, puesto que nada tiene que ocultar, confiesa que ese mismo día debe batirse Ernesto con el Vizconde de Nebreda, famoso espadachin, que en un café se ha atrevido á maldecir del honor de un hombre y de una dama. — Tras la injuria el bofeton, tras el bofeton el duelo. — El mismo Ernesto ha contado el lance á Pepito.

Fingiéndose enterado de todo, don Julian se ha ingeniado de manera que todo lo revele su sobrino. — Y toma su partido en el acto. — Tiene, en fin, delante de sí, encarnado en un Vizconde, el fantasma, hasta entonces impalpable, de la pública maledicencia. — Anticiparse al duelo de su jónen y abnegado amigo, salvar á éste la vida, y vengar por sí mismo su honor ultrajado, es su plan, su determinacion y su dicha.

Nada de ésto debe comprender el muñeco de Pepito, que mientras su padre y su tío se alejan para tal empresa, queda á la espera de Ernesto curioseando sobre todo lo que éste tiene en su casa, arriba y abajo del escritorio, y — declamando un monólogo que es, tal vez, el trozo más notable de todo el drama.

De la escena que acaba de producirse, de la salida de don Julian y don Severo, no se acuerda Pepito al ver entrar á Ernesto, con quien habla únicamente de Francesca y Paolo, de Lanzarote y de la reina Ginebra, y de las malignas murmuraciones del mundo que, segun lo dice el mismo Ernesto, son tan diabólicas,

Que razon al empezar  
no tienen, y al acabar  
acaso tienen razon.

## XII

Este diálogo es interrumpido por el anuncio de una mujer que á todo trance quiere hablar con el desesperado poeta.

Que *¿quién es ella?*

Teodora ha sabido tambien del lance, y viene á impedirlo.

Se comprende el ardor de la conversacion, que no empieza por el asunto del duelo, sino por el del viaje, dando lugar á arrebatos de afecto en que la amistad, la abnegacion, el respeto de vínculos sagrados, todo lo que es honrado y santo, reuce atropelladamente por encima de otras locuras y de otras voces incoherentes á cada instante reprimidas y obligadas á volver á ahogarse dentro del corazon de donde parten.

Siéntese, entre tanto, rumor de gente hácia fuera,—la emocion se produce en los interlocutores de esta escena,—pero la gente ha pasado, el tiempo apremia, y Teodora aborda la cuestion del duelo, aumentándose, como es natural, la animacion del diálogo, el interés por la vida de Ernesto, la historia de una noche que se ha pasado en rezos por él...

La escena tiene poco de breve;—y esta vez la gente se acerca en verdad, y Pepito llama á gritos que es necesario entrar; y Teodora, segura de que su honra la escuda, busca un refugio en la alcoba-dormitorio de Ernesto.

El duelo acaba de verificarse en la misma casa,—don Julian trae el pecho traspasado por la espada del Vizconde de Nebreda, y hay que colocarlo en el lecho de su jóven amigo.

No puede ser mayor la desolacion de Ernesto, cerrando á su bienhechor herido el paso de la alcoba en que se oculta su mujer.

Pero don Severo, por sobre el hombro del jóven, empuja la puerta de la alcoba,—y Teodora se arroja á abrazar á su marido, quien, por su parte, se desprende de todos los brazos que lo estrechan, y cae anonadado bajo el peso de la emocion y del asombro.

## XIII

Ernesto ha salido de sus habitaciones furioso, y ha encontrado á Nebreda y sus padrinos que bajaban la escalera,—los ha detenido,—los ha hecho regresar al cuarto desalquilado en que se batió don Julian,—y ha dejado al Vizconde tendido en tierra de un golpe.

Su viaje se ha hecho más necesario;—pero antes de embarcarse pasa por la casa de don Julian, y ha entrado diciendo á su cochero: «—Ya salgo: aguarda.»

Quiere saber el estado de su infeliz protector;—y á Mercedes y Pepito que lo reciben con la frialdad que cuadra al caso, les pide como gracia la noticia, los hace confidentes de su inocencia y su amargura, debate con ellos el significado moral de los sucesos y los

carácter de su situacion personal, declarando que perdería la razon si aquella noche estuviese lejos del lecho en que yace don Julian. Y al saber que Teodora se acerca, manifiesta que quiere verla para pedirle perdon. Sin embargo, accede á retirarse de la sala, donde Mercedes se queda para librar otra batalla con la atribulada jóven que viene tambien en busca de noticias de su marido.

Se salvará, tal lo dice Mercedes;—pero despues es necesario el arrepentimiento.—Teodora reconoce haber hecho mal en ir á ver á Ernesto, pero había cedido á un natural impulso de interés por el noble jóven cuya vida iba á jugarse tal vez por ella.—Mercedes se encarga de hacerle saber que el heridor de su marido ha sido muerto por su amigo, y que éste acaba de confesarle con frase arrebatada que por ella daría vida, honor, conciencia y alma! Puesto así en claro el delito del amor de Ernesto, es necesario que Teodora lo castigue, siendo ella quien lo arroje de su casa.

## XIV

Para recibir esta órden vuelve Ernesto á la escena. Y efectivamente, la órden es baluceada por Teodora,—de quien el jóven se aleja; pero antes de salir retrocede y se acerca á aquella, para decirle que si él con su muerte pudiese borrar el mal que le ha causado, bien pronto se disiparía todo el dolor que la acongoja.

Bajo la frase apasionada del mancebo, siente ella que su cuñada ha dicho la verdad cuando ha supuesto que su corazon está herido con la flecha envenenada del amor ilícito;—pero busca sobreponerse á su amargura, y, obedeciendo á las exigencias del honor, repite en voz temblorosa la súplica de la separacion.

El jóven, por su parte, se resignará á todo; pero es si á su solead le siguen el perdon, el afecto, la estimacion,... por lo ménos la piedad de Teodora.

*Teodora* — Presto  
 ¡Se lo pido por merced!  
 Julian... sufre...  
*Ernesto* — Ya lo sé.  
*Teodora* — Pues no lo olvidemos.  
*Ernesto* — No  
 Pero tambien sufro yo!

Don Severo aparece á la puerta en el instante en que Ernesto, de rodillas ante Teodora, le ha tomado una mano, pidiéndole piedad, piedad de él...

El irritado hermano de don Julian pretende echar de la casa al desesperado jóven, quien desprecia su órden. — Un tierno ruego de Teodora lo decide á marchar; pero no tan de prisa que no escuche los insultos que á la infeliz dirige don Severo, y vuelve para obligar á éste á arrodillarse delante de ella.

## XV

El forcejeo es interrumpido por la aparicion de don Julian. Ernesto suelta su presa, Severo se levanta y retrocede hácia la derecha; Teodora se lleva hácia el fondo á Ernesto, de modo que ella y él forman un grupo apartado.

Juntos, pues, se descubren á la vista del herido, que los abruma con sus implacables acusaciones, los atrae hácia sí, y les manda y los obliga á que crucen uno con otro sus miradas. — La prueba ha sido demasiado violenta; y don Julian, con la llama de la fiebre en sus ojos, ha visto allí el amor que lo deshonra, y vuelve á atraer hacia sí al acusado jóven hasta ultrajarle con un golpe de mano en la mejilla.

## XVI

Un instante despues don Julian ha muerto,—y don Severo muestra el cadáver á Teodora, intimándole que salga de la casa.

Teodora ha caído desplomada. Ernesto suplica por ella, ofrece en sacrificio su propia ausencia, su muerte, jurando la inocencia de la desmayada jóven.

Todo es en vano,—la sentencia es irrevocable;—y entonces Ernesto, arrebatado por la desesperacion, toma en sus brazos á Teodora — y la declara suya á la faz de los presentes,— y estalla en arranques que les dán razon, pues la quieren,—y les arroja la confesion, pues la piden, de la pasion, del delirio, del amor inmenso, que inventó el mundo, que el mundo hizo á la fuerza, y que á la fuerza ha entrado en su alma y la avasalla.

Queda así satisfecho el Gran Galcoto!!

(Concluirá.)

## Entre libros y periódicos

APUNTES DE UN BIBLIÓFILO

POR DON LUIS D. DESTEFFANIS

## XXIV

ENSAYO SOBRE BUCKLE

(Continuacion)

«Nadie puede, por cierto, poner en duda la accion del clima del suelo y de la comida sobre la sociedad humana. Muchos habían hablado de eso, y Buckle dejó observaciones de gran valor sobre lo que él llamaba la «funcion histórica de los continentes.» Pero, otra cosa es decir que estas condiciones son más ó ménos favorables ó contrarias á la civilizacion y que la modifican de varias maneras; otra cosa es decir que la civilizacion no europea es consecuencia exclusiva de aquellas, sin tener cuenta de los hombres distintos que halláronse en distintos países. Más de una vez Buckle parece querer derivar la civilizacion indiana del arroz, la del Egipto del dátíl, la de Méjico del maíz. Y eso es absurdo. Si cuando las poblaciones turánicas se movieron para venir al Asia Meridional, en lugar de hallarse ya en la vida nómade de tribus errantes, se hubiesen encontrado todavía en la vida de caza y de pesca, ¿hubiéranse tenido en el nuevo clima las mismas consecuencias históricas y sociales? ¿Quién no reconoce la grande importancia que tuvieron para la historia de Grecia su formacion geográfica y su clima? Pero eso es otra cosa que querer que su civilizacion haya nacido de esas condiciones. Cuando las poblaciones arianas, despues de haber fundado en el Asia una sociedad, una literatura, una religion y una civilizacion, vinieron á Grecia, ¿debe suponerse que todo lo que habían hecho antes y despues, no haya tenido impor-

tancia alguna en determinar la nueva forma de sociedad y de civilización que fueron á formar y que ésta haya sido tan sólo consecuencia del nuevo clima y de la nueva comida? Si, por el contrario, hubiesen venido las poblaciones turánicas del Asia Central, ¿hubiese sido lo mismo? La mitología, la lengua, la literatura, la sociedad griega ¿no son una evolución natural y más fecunda de la sociedad ariana primitiva? Esta evolución ha sido indudablemente facilitada por las nuevas condiciones del clima y del suelo; pero los tártaros no nos hubiesen dado á Fidias y á Homero. Y sin embargo, hasta este punto de su libro, Buckle ha pretendido sacar las leyes de la historia de las solas condiciones geográficas de los pueblos.

« Pero aquí se muda de camino. La historia, según Buckle, se divide en europea y no europea. En la primera, el hombre no es más oprimido por la naturaleza, sino que la vence, y por lo tanto el descubrimiento de las leyes de la civilización moderna en Europa (él no habla de la antigua) se muda en un descubrimiento de las leyes del espíritu humano. La geografía está de hoy en adelante casi olvidada. Pero este descubrimiento no puede hacerse con el método metafísico, que es *á priori* y estudia al hombre individuo; hay que hacerla con el método estadístico, que es *á posteriori* y se ocupa de la sociedad, de los pueblos. En ellos las mudables é infinitas variaciones del individuo se equilibran, se neutralizan, y solamente así es posible la constancia de las leyes históricas, que se buscarían en vano en el individuo. Pero no basta haber separado antes al hombre de la naturaleza, y en seguida al individuo de la sociedad, es necesario ir más lejos aún.

« Nosotros tenemos que buscar ahora en el hombre la fuente del progreso. Sus facultades se dividen en morales é intelectuales. ¿Cuáles son, pues, las causas verdaderas? ¿las primeras ó las segundas? Y aquí tenemos á una de las teorías fundamentales de Buckle, la que más que cualquier otra dió origen á discusiones y á disputas y á la que él añadía mayor importancia. El carácter, las facultades morales del hombre no pueden en manera alguna ser la causa del progreso. La moral es inmutable: luego, ¿cómo podría ella ser manantial de una mutación continuada? La moral de los griegos es muy poco distinta de la nuestra, que está compendiada en el Evangelio, que es antigua, de muchos siglos. También las aptitudes morales del hombre son, poco más ó ménos, siempre las mismas; las de un niño nacido en una sociedad bárbara, así lo afirma Buckle,

no difieren en nada de las de otro que nació en una sociedad civilizada. Si obran, pues, muy distintamente, eso nace de las distintas condiciones sociales en que se encuentran, y es por eso que debe buscarse en otra parte las causas del progreso ó del retroceso de esas condiciones. Cierto es que existe una gran diferencia entre un hombre honesto y un hombre deshonesto. ¿Quién no lo vé? Pero la diversidad moral es grandísima en los individuos, y mínima en las sociedades. En éstas el mal que unos hombres hacen viene á ser equilibrado por el bien que hacen otros: la crueldad ó la avaricia de uno despierta la piedad ó la generosidad de otro, y así la suma total del bien y del mal social es siempre, más ó ménos, la misma. Ahora bien: la historia no es biografía; debe, pues, ocuparse de las sociedades y no del individuo.

« Pero, ¿dónde está, pues, la causa, el manantial de la mutación y del progreso? No puede estar sino en la inteligencia, que acumula todos los días nuevos conocimientos y cambia tan rápidamente la sociedad y la civilización. Los cristianos primitivos tenían en el Evangelio nuestra misma moral, pero, ¿cuán distintos no eran sus conocimientos y por ende su civilización? ¿Qué cosa puede ser causa de la variación y del progreso, lo que muda ó lo que es inmutable? El bien que se hace á los hombres, por grande que sea, ha observado justamente Cuvier, es siempre transitorio; las verdades que se les dejan son eternas. El aumento continuo de estas verdades, descubiertas por la ciencia, es la verdadera, la sola causa del progreso.

« Y esta idea háse vuelto el dogma fundamental de Buckle.

« La inteligencia es la causa de la libertad; la fuente del bienestar, del progreso, de la felicidad humana; los cultores de la ciencia son los verdaderos sacerdotes de la humanidad.

« Esta fé animó su vida y su elocuencia; formó su felicidad y la de aquella que, sólo por él y por ver el triunfo de la fé que él le había inspirado, no quería abandonar la tierra.

¿Qué es lo que ocasionó el perjuicio más grave al progreso?

« La persecución religiosa.

« No solamente ella ha torturado, quemado á centenares de miles de víctimas inocentes, sino que ha creado un número mucho mayor de hipócritas, que, por salvar su vida, fingieron creer lo que no creían y ha destruído varias veces la libertad de la ciencia y de la conciencia.

« ¿Quiénes eran los perseguidores?

« Muy á menudo hombres buenos, que vivían en un grande error, llenos de fé sincera, convencidos de hacer el bien, de salvar la sociedad de la ruina, de la perdición (1).

« ¿ Quién persiguió más que nadie al Cristianismo ?

« Algunos de los emperadores mejores, tales como Marco-Aurelio y Juliano, al paso que algunos de los más depravados, tales como Cómodo y Heliogábalo fueron, comparativamente, indulgentes y tolerantes, porque no se ocuparon para nada de la nueva creencia.

« Aquí habría que preguntar á Buckle: ¿ cuáles eran más cultos, más inteligentes ? ¿ los primeros ó los otros ?

« Pero él se guarda muy bien de hacerse á sí mismo esa importante pregunta, y prosigue: los historiadores de la más cruel Inquisición en España están algunas veces obligados á reconocer que los inquisidores eran casi todos gente buena y honesta. Antes bien, observa aquí nuestro autor, era justamente su bondad la que los hacía tan perniciosos. Si hubiesen sido disolutos, venales, falsos ó ambiciosos habría habido medio de volverlos ménos feroces. Sus mismas pasiones los hubiesen desviado alguna vez de perseguir; hubiesen abierto un camino para poderlos corromper. Pero, ¿ quién puede detener en su ferocidad sanguinaria á hombres profundamente desinteresados y convencidos de obedecer á la voz de Dios, torturando y quemando á los herejes ? ¿ Qué puede imaginarse de peor ? Y ¿ qué cosa podrá poner un dique á calamidad tamaña ? No, ciertamente, el mejoramiento moral de hombres que ya son buenos, y que antes bien hacen el mal como consecuencia de su bondad ciega. El remedio consiste únicamente en iluminar su inteligencia extraviada, en hacerles comprender todo el mal que hacen sin saberlo. La historia, nos demuestra, en efecto, que no ha sido el aumento de virtud, sino el progreso de la cultura lo que hizo para siempre imposible la persecucion religiosa.

« Otra de las grandes calamidades sociales es la guerra, y el sentido moral nunca pudo disminuirla. Los bárbaros saben muy bien el mal que hacen á sus vecinos, pero eso no impide nunca que estén en continuas luchas entre sí.

« La invencion de la pólvora redujo la guerra á un oficio, y creó

(1) Es este extravio moral el punto de arranque, *la donnée*, dirían los franceses, de una de las últimas y más robustas concepciones debidas á la inagotable y poderosa inteligencia de Victor Hugo. — El gran poeta la encarna, la desarrolla, la hace producir sus últimas y sombrías consecuencias en su imponente y terrible creacion de *Torquemada*. — L. D. D.

una clase militar contra la cual se opuso una clase inteligente, amiga de la ciencia y de la paz. Y así poco á poco la nacion en que la inteligencia tuvo más poder, autoridad mayor, fué la que se hizo más amiga de la paz.

« Es inútil detenerse aquí á discutir la verdad de estas observaciones y preguntar si la existencia de una clase militar no hizo nacer muy á menudo una necesidad artificial de guerra, y pedir tambien ¿ cómo es que un mayor progreso en la ciencia y en la civilizacion haya llevado hoy la Europa al servicio militar obligatorio, es decir á armar de nuevo á toda la nacion ?

« Podríamos recordar tambien que los alemanes, que son los autores de este nuevo sistema militar, sostienen, por el contrario, que cuando toda la nacion está obligada á soportar los peligros y los males de la guerra, ella se hace necesariamente más amiga de la paz.

« Observaremos más bien que Buckle tiene razon cuando añade que el vapor, las crecidas relaciones entre los pueblos, y sobre todo la economía política, demostrando la utilidad y la necesidad de estas relaciones, hicieron mucho ménos frecuentes las guerras. Adán Smith, dice, ha sido con su libro sobre la riqueza de las naciones, un grande apóstol de paz. Y tambien ésto es verdad, y es seguramente un efecto de la ciencia.

« En todo eso Buckle ha mezclado de tal manera lo verdadero con lo falso, que no es siempre fácil, ni mucho importa por otra parte el detenerse en ello largamente, dividir lo uno de otro. Importa, por el contrario, detenerse aquí tambien en buscar la fuente principal y más general de sus errores.

« Cuando él nos dice que la moral de los pueblos, en distintas épocas, es siempre la misma, y que el hijo de un salvaje tiene las mismas aptitudes morales del hijo de un francés ó de un inglés, el error es tan manifiesto, que ni siquiera merece ser refutado.

Sin embargo, Buckle persiste en él con una tenacidad singular, y repite siempre, que la diferencia está tan sólo entre los individuos, como si las sociedades no fuesen compuestas de individuos y no tuviesen estrecha relacion con ellos. Buckle no supo concebir la sociedad como un organismo viviente, con una personalidad, una conciencia, un carácter propio. Sin embargo, nosotros no podemos formarnos una idea clara de un pueblo, de un siglo, de una sociedad, si no nos los representamos bajo una forma humana.

« La Italia del siglo XVI, la Inglaterra del siglo XVII, la Fran-

cia del siglo XVIII son, para nosotros, un misterio, si no llegamos á comprender antes qué cosa fueron el italiano, el inglés y el francés de aquellos tiempos: antes bien, una cosa es poco ménos que la traducción, la explicación de la otra.

« Este es un proceso tan natural como espontáneo de nuestra inteligencia, y tampoco responde á la verdad la distancia, casi la contradicción, que Buckle quisiera ver entre el individuo y la sociedad. Él ha visto que hay una diferencia, luego no hay relación.

« Y en ésto se ha equivocado.

« Así como hay diversidad entre la moral de los individuos, la hay también entre la de las naciones, las cuales no se comprende por qué debieran diferenciarse tanto por su cultura é inteligencia y tan poco ó nada por su moral.

« Y Buckle no se dió por satisfecho con separar enteramente al individuo de la sociedad; sino que quiso también separar en el individuo las calidades morales de las intelectuales, para ver solamente en éstas la causa de todo bienestar y de todo progreso. A la verdad, se le podría, por citar algún ejemplo, preguntar:

« ¿Cómo es que la Italia del Renacimiento era la más culta, la más inteligente nación del mundo; maestra de la Europa en las artes, en las letras, y en las ciencias, y sin embargo la más débil de todas, condenada á una decadencia inevitable y á ser presa del primer venido? ¿dónde se encontrará la causa principalísima de eso, sino en su corrupción moral?

« ¿Por qué Grecia, tanto más culta é inteligente que Roma, era tanto más débil militar y políticamente? El hecho es que Buckle puso entre la moral y la inteligencia una divergencia que no existe. El hombre no sería un sér moral si no fuese un sér racional. La razón nos hace ver algunas verdades que determinan cierto modo de conducirse. Esta conducta, repitiéndose, se vuelve hábito; se trasmite por herencia, por educación civil ó religiosa y forma el carácter individual y el carácter nacional, que son el resultado de un largo proceso intelectual precedente, son casi inteligencia acumulada y transformada.

« Ese carácter puede transmitirse y hallarse también después en el hombre de corta inteligencia. En efecto, acontece á menudo dar con personas que tienen gran finura y delicadeza de sentimiento, que advierten admirablemente diferencias morales de que su inteligencia apenas sabría dar cuenta. Y hay pueblos disciplinados, honestos, que son sobrepujados en las letras y en las ciencias por otros in-

disciplinados y corrompidos. Pero eso no quita que el carácter moral no se podría formar sin un trabajo intelectual y que sería imposible hallarlo en seres irracionales. Una cantidad dada de movimiento se transforma en una cantidad dada de calor y vice-versa. Sería absurdo negar toda relación entre ellos, como sería absurdo negar toda diferencia. La mecánica y la teoría del calor son dos ciencias muy distintas. Pero sería aún más extraño, por negar el valor y los efectos del calor, fatigarse en probar que éstos son siempre y solamente efectos del movimiento. Eso significaría querer envolverse en un grande equívoco de palabras y es lo que hizo Buckle en el caso de que hablamos. Empieza por separar enteramente el carácter de la inteligencia y después atribuye solamente á ésta todo lo que es consecuencia del elemento intelectual, que forma parte constitutiva del carácter. Pero eso no quita que los individuos, lo mismo que los pueblos, puedan tener más inteligencia que carácter ó vice-versa, y que ésto tenga un gran valor en la historia de los individuos y de los pueblos. Antes bien, vemos con frecuencia á la inteligencia quedar impotente por falta de carácter. Los más grandes descubrimientos científicos no se han efectuado nunca sin abnegación, sin perseverancia y fuerza de voluntad. Una nación bastante culta y moralmente corrompida puede ayudar al progreso de las otras, sin salvarse á sí misma de la ruina, como le sucedió á la Italia del Renacimiento. A ese respecto, Mill observó también con mucha razón, que, « si las fuerzas intelectuales dan consecuencias mayores en la sociedad, no es porque ellas sean de por sí mismas muy superiores á las demás, sino porque obran siempre con las fuerzas reunidas de toda la sociedad.

« Ni es, pues, verdad que las acciones buenas y las heroicas hayan sido siempre transitorias y no dejan huella duradera, al paso que las verdades que se descubren son eternas. La memoria de los Trescientos de Esparta ¿no es todavía un manantial perenne de educación y de patriotismo para el género humano? Y ¿cuál no debió ser el efecto permanente de su ejemplo sobre el carácter del pueblo griego? ¿No decimos nosotros todos en Italia que la sangre de los mártires hace brotar la libertad? ¿Y no tuvimos la prueba de ello? Y si los Trescientos no se hubiesen resistido ¿no hubiese sido la Grecia invadida por la sociedad asiática y no se sentirían aún hoy mismo sus consecuencias lejanas?

« La buena acción concluye pronto y con ella pasa su efecto más deslumbrador é inmediato; pero la fuerza misteriosa, que se des-

arrolla en el que practica y en el que recibe el beneficio ¿no modifica en nada su carácter, no se trasmite por herencia, como consecuencia del ejemplo dado? Es verdaderamente el caso de decir que hay en la historia más misterios de los que supone la filosofía de Buckle.

« Pero, no se debe detenerlo nunca en su camino.

« El progreso es para él consecuencia de la inteligencia, nace tan sólo de los conocimientos que se vienen acumulando, como se acumula la riqueza.

« Él no se detiene ni siquiera á observar que hay una gran diferencia entre las mercaderías acumuladas en un almacén y los conocimientos aumentados en nuestra inteligencia, — la que por ellos y por otras condiciones sociales viene á ser cada día sustancialmente modificada. — Y sin embargo, en estas modificaciones, de las que Buckle hace tan poco caso, está la historia verdadera del hombre y de la sociedad. — Sin darse cuenta de ello, todo se vuelve una série de problemas inexplicables.

« Y es cabalmente lo que le sucede bastante á menudo.

« Un pueblo vive en la superstición, que impide el progreso. Un buen día empieza á dudar, el poderío del clero disminuye, la razón es más libre, la ciencia se levanta y acumula nuevos conocimientos, el progreso anda con rapidez. Hé ahí demostrada de nuevo la verdad de la teoría. Pero no está demostrado nada. ¿Por qué aquel pueblo empezó entonces á dudar de repente; á entrar en una nueva disposición de ánimo? Éste es el problema acerca del cual no se dice una sola palabra.

« Nada hay más singular que el capítulo sobre la revolución francesa. Se reduce todo á una historia de los progresos que hicieron entonces las ciencias y con especialidad las ciencias naturales. Como si no se aprontara por el contrario una lucha gigantesca de pasiones, de nuevos intereses, de tradiciones, de instituciones añejas y nuevas. Sin embargo el hecho era conocido y el fenómeno muchas veces estudiado ya. Pero Buckle afirma, al contrario, que él dió finalmente la única, la verdadera explicación, y ésto á consecuencia de su método científico, el único que conduzca á la verdad histórica. — Y ¿cómo es que Galileo y toda la Academia del Cemento no sirvieron en Italia, en el siglo XVII, para producir nada que se asemejase de lejos á la Revolución? — Misterio.

« La fórmula sacramental siempre es ésta: el progreso resulta de tres causas, que en el fondo se reducen á una: de los descubrimien-

tos científicos y de los conocimientos acumulados; de la aplicación práctica de estos conocimientos; de su difusión.

« Teniendo que escoger un pueblo para estudiar más particularmente esta ley de progreso, Buckle dice que después de haber hablado en su Introducción de toda la Europa, se detendrá á hacer la historia del pueblo inglés, como pueblo tipo, aquel en quien se verifican con preferencia todas las condiciones requeridas. — La Alemania, observa él (olvidando cuanto estaba entonces allí más difundida que en Inglaterra la instrucción elemental), es un país donde muchos son los conocimientos en las clases elevadas, pero poco difundidos en el pueblo. En América están muy difundidos, pero no hay una clase científica superior que los descubre y los acumule. En Francia hállanse las dos condiciones requeridas, pero ella está demasiado sujeta á la acción intelectual de los pueblos vecinos, que modifican de continuo su cultura. — En Inglaterra, por el contrario, el espíritu nacional se desarrolla libremente, según sus propias leyes, sin sufrir modificación alguna del exterior. — Por largo tiempo, añade él, los extranjeros venían bastante raramente á nuestra isla y nosotros viajábamos por el mundo tan sólo por negocios, sin tener ninguna relación íntima con los otros pueblos.

« Es curioso observar aquí, cómo Guizot y Comte hallan no menos valaderos los argumentos opuestos para dar la supremacía á la Francia, la cual, justamente porque está relacionada con todos los pueblos de Europa, es, según ellos, el gran centro de la civilización.

« Por lo que toca á los alemanes, apenas si ponen en discusión su supremacía en la civilización europea, á la que llaman bucnamente cristiano-germánica.

« Nosotros podemos abandonar semejantes disputas, que tienen su origen en el patriotismo y no en la ciencia, ante la cual el único pueblo tipo es la humanidad. — Pero debemos notar que esta filosofía de la historia no debe haber alcanzado todavía un gran vigor científico, si encuentra argumentos válidos para sostener opiniones tan encontradas.

« El aislamiento de Inglaterra, que en realidad tomó abundantemente de todos los pueblos, de todas las literaturas y civilizaciones, es ciertamente una exageración de Buckle. No se comprende, pues, cómo en la historia de Francia él haga empezar el progreso por las relaciones que ella tuvo con Inglaterra, al paso que ésta hubiese sacado, por el contrario, tan grande beneficio del no recibir

nunca nada de nadie, y cómo no vea que la civilización, máxime en la Europa moderna, nace del entremezclarse de los pueblos y de las ideas, que cada uno de ellos asimila á su carácter nacional.

« Y aquí Buckle viene combatiendo algunas que él llama preocupaciones y muy difundidas. Muchísimos creen que las religiones, las literaturas, los gobiernos sean causas generales de progreso.

« No hay error más grande que éste.

« Si la religión nace espontánea en un pueblo, ella es consecuencia, y no causa de su civilización preexistente, y toma su forma. Si, por el contrario, es transmitida de un pueblo á otro, entonces está obligada á modificarse, para adaptarse á la nueva civilización en que entra. En la India la religión ha sido un montón de supersticiones brutales, porque así lo requería aquella sociedad. Cuando el cristianismo se adelantó en el imperio romano, se alteró profundamente, aceptando las formas y las supersticiones paganas, también las más contrarias á su naturaleza, porque debía adaptarse, someterse á la sociedad en que entraba. Cuando más tarde la cultura de los pueblos cristianos hubo crecido, la religión tuvo que modificarse, y vino la Reforma, que, fundada en el libre examen y en la tolerancia, desechó muchas de las antiguas supersticiones. Ella pareció una causa, pero era, por el contrario, una consecuencia de los adelantos de la civilización. En efecto, penetrada en Escocia, no pudo impedir que aquel pueblo continuara siendo uno de los más supersticiosos, mogigatos ó intolerantes. Al contrario, el catolicismo, quedando en Francia, no pudo impedir que los franceses, más cultos y sociables, se hiciesen también más tolerantes y menos supersticiosos que los escoceses.

« Puedo decirse lo mismo de la literatura, la cual no hace más que dar una forma elegante, exterior, á los conocimientos existentes en la sociedad, y de ellos recibe su propio valor. En efecto: cuando la literatura es superior á las condiciones de un pueblo, no por eso las modifica un ápice. ¿De qué les sirvió á los hombres de la Edad Media, del V al X siglo, la grande literatura de los clásicos latinos, á pesar de que la tenían por delante? Puede decirse que si entonces se hubiese perdido el alfabeto, habría sido todavía mejor, porque no se leían más que libros repletos de las fábulas y las supersticiones más absurdas. Pero si ésto es cierto, ¿no se aplica lo mismo á las letras que á las ciencias? y ¿dónde está entonces la verdadera causa del progreso? Antes bien, tenemos aquí la prueba evidente de que Buckle, no teniendo en cuenta el proceso

histórico del espíritu humano y sus transformaciones, llega muy á menudo á arruinar con sus propias manos el edificio que ha construido.

Cuando los romanos empezaron su inevitable decadencia, ¿no tenían una gran cultura, la que, antes bien, continuó todavía progresando por algún tiempo? Sin admitir que las condiciones sociales habían mudado, no se explica nada.

« Pero Buckle sigue adelante y dice: respecto á los gobiernos, es también más general, pero no ménos errónea, la preocupación que les atribuye la causa principal del progreso, al paso que las más de las veces no consiguieron sino entorpecerlo.

(Continuará.)

## BIBLIOGRAFIA

ESTUDIO SOBRE LAS CASAS DE INQUILINATO EN BUENOS AIRES  
POR EL DOCTOR DON GUILLERMO RAWSON

El doctor Rawson es bien conocido en el mundo científico, por sus trabajos sobre higiene. Su última producción es en todos conceptos interesante; las casas de inquilinato son para estos países una verdadera lepra, y es forzoso que los hombres de buena voluntad no cejen en su propaganda á favor de tantos infelices que se revuelven en estos conventillos, abandonados, al parecer, de la mano de Dios.

El doctor Rawson es un sabio y es también un filántropo. Bajo este doble aspecto se vé obligado á considerarlo quien estudia sus producciones.

Califica á las casas de inquilinato de «fétidas pocilgas, cuyo aire jamás se renueva y en cuyo ambiente se cultivan los gérmenes de las más terribles enfermedades, salen esas emanaciones, se incorporan á la atmósfera circunvecina y son conducidas por ella, tal vez, hasta los lujosos palacios de los ricos.»

«Es preciso, dice más adelante, buscar al pobre en su alojamiento y mejorar las condiciones higiénicas de su hogar, levantando así su valor físico y moral, sin deprimir su carácter y el de su familia humillándolos con la limosna.»

Denuncia despues las alarmantes proporciones que toma en Buenos Aires esta calamidad pública. En 1880 el número de casas de inquilinato era de 1,770; las habitaciones contenidas en ellas eran 24,023 y el número de habitantes alojados era de 51,915.

En 1883 existían 1,868 casas de inquilinato con 25,645 habitaciones que estaban ocupadas por 64,126 habitantes.

Se alarma el doctor Rawson, con razón, por el rápido crecimiento de la población en estos albergues, efectuado durante los tres años, consignados á razón de 23 5%<sub>100</sub>, siendo el aumento de las habitaciones contenidas, tan sólo el 6 7%<sub>100</sub>.

La corriente de inmigración se detiene casi toda en Buenos Aires;

allí encuentra fácil colocación y su trabajo es bien remunerado. Empezar viaje para las provincias es un problema oscuro que pocos se animan á resolver.

Es lo cierto que, los recién venidos, muchos en número, tienen que alojarse en espacios cada vez más limitados, porque la proporción de casas de inquilinato no aumenta en relación con el número de albergados.

Fácil es comprender la tremenda amenaza que importa este estado de cosas para el porvenir sanitario de Buenos Aires.

A pesar de ésto, la mortalidad de la gran capital decrece de año en año, á consecuencia de las mejoras higiénicas que se realizan todos los días. En los años que precedieron á la fiebre amarilla, la mortalidad anual era de 34 habitantes por cada mil, mientras que en la actualidad sólo mueren el 23 por 1,000.

Bueno será observar que estos cálculos son simplemente aproximados, pues «falta el dato preciso del censo, que no se ha levantado en oportunidad, á pesar de las claras prescripciones de la Constitución Nacional.

El mal queda expuesto con evidencia. ¿Cuál será el remedio?

El Parlamento de Londres ha legislado con prevision sobre la materia, y la sociedad entera ha ofrecido allí una cooperación importante á la acción de las autoridades. Han surgido sociedades filantrópicas; hay además compañías peculiares en su género, llamadas *Building-Societies*, dedicadas exclusivamente á edificar casas para pobres, buscando el sentido del negocio. De esta manera se consigue que en Londres el número de casas edificadas siga una marcha paralela al aumento de la población.

El doctor Rawson confía poco en las larguezas de los capitalistas porteños, y cree que no ha de presentarse por allí un imitador del filántropo Peabody, quien donó un total de 500,000 libras con el solo objeto de mejorar el alojamiento del pobre jornalero londinense. Confía, sin embargo, en que la acción de la autoridad argentina se ejercerá en debida forma para obviar los males que señala.

Nueva-York, con ser una ciudad modelo por sus anchas avenidas, sus espaciosas plazas, *squares*, sus parques magníficos, tiene en las casas de inquilinato la misma plaga del Río de la Plata. Pero, el Estado de Nueva-York hace esfuerzos, de algunos años á esta parte, con el fin de mejorar las condiciones de sus conventillos.

---

Filadelfia es una ciudad más favorecida en su aspecto sanitario, y debe á su extension superficial y á la ausencia casi completa de *Tenement houses*, la salud relativamente envidiable de sus habitantes.

En Francia se lucha en vano para evitar la densidad de la poblacion en ciertos barrios de sus grandes capitales.

En Alemania, en Austria y en Bélgica se han atenuado en parte los efectos del mismo mal.

Es de notarse que las casas de inquilinato en Buenos Aires producen á sus propietarios un interés, sobre el capital invertido, que alcanza hasta el 18 % anual. Con este resultado, no es extraño que los propietarios quieran conservar tan preciosas fincas: en 1882 se han enajenado 2,600 casas y no se encuentra entre estas ventas ni el 2 % siquiera de las casas-conventillos.

Dos medios se le ocurren al autor para arribar á una reforma satisfactoria. El uno sería, que el municipio fomentara, para el indicado objeto, la organizacion de sociedades capitalistas, de carácter financiero, apoyadas con un crédito en el Banco Nacional. El otro medio consiste en solicitar el capital extranjero, asegurándole un interés superior al que se le concede generalmente.

Por fin, el autor se esfuerza en señalar las saludables ventajas que obtendría Buenos Aires si la reforma se llevase á buen término, y lleva al ánimo el convencimiento, con páginas brillantes que denuncian al escritor, y con datos precisos que demuestran su talento y sentido práctico. Quiere con su reforma « curar el mal presente, evitar su funesta agravacion en lo futuro y responder honorablemente á los designios de la Providencia y á las simpatías con que el mundo civilizado favorece á los argentinos. »

Tributamos al doctor Rawson, con motivo de su nueva publicacion, nuestro modesto pero entusiasta aplauso.

DR. P. BLANES.

---